





# TRAIADORAS

Crónicas de vida sobre mujeres privadas de su libertad

---

JULIANA ARENS



**JULIANA INÉS, ARENS**

Traidoras : crónicas de vida sobre mujeres privadas de su libertad / Arens Juliana Inés ; editado por Daniel Badenes ; Rocío Gariglio ; ilustrado por Clara Pérez Cejas ; Trinidad Mele Helguera ; prólogo de Marta Dillon. - 2a ed. - La Plata : Ediciones de la Caracola, 2018. 127 p. : il. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-46646-3-1

1. Crónica Periodística. 2. Estudios de Género. I. Badenes, Daniel, ed. II. Gariglio, Rocío, ed. III. Pérez Cejas, Clara, ilus. IV. Mele Helguera, Trinidad, ilus. V. Dillon, Marta, prolog. VI. Título. CDD 305.42

**Fecha de catalogación: 02/01/2018**

**Ediciones de la Caracola**

*edicionesdelacaracola.wordpress.com*

Segunda edición, La Plata, 2018

Textos: **Juliana Inés Arens**

*arensjuliana@gmail.com*

Edición y corrección: **Daniel Badenes Schaposnik**

*danibadenes@gmail.com*

**Rocío Gariglio**

*rogariglio@gmail.com*

Ilustraciones: **Clara Pérez Cejas**

*perezcejasclara@hotmail.com*

Diseño de tapa e interiores: **Trinidad Mele Helguera**

*melehelguera.trinidad@gmail.com*

Impreso en Docuprint



Este trabajo está registrado bajo la licencia Creative Commons. Sos libre de compartir, copiar, distribuir, comunicar públicamente esta obra y hacer obras derivadas. Cuando reproduzcas parcial o totalmente este libro es necesario que hagas referencia a los créditos de esta obra de la manera especificada por la autora. Esta licencia prohíbe el uso comercial de la obra o sus derivados.

Para ver una copia de esta licencia visitá: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/>

## ÍNDICE

7	Nosotras
11	Situar: todo eso que nos hace andar
19	ANA
33	MARINA
51	VALERIA
69	MIRTA
89	YAMILA
105	LOURDES
121	Las malas tenemos algo para decir
125	Sobre La Caracola



## NOSOTRAS

Por Marta Dillon

---

“¿Y nosotras somos las traidoras?”

La pregunta tiene la potencia de una masa golpeando contra el muro. Lo derrumba, y en el diálogo que habilitó ese cuestionamiento, las dos interlocutoras siguen como pateando los escombros de eso que las separaba.

El muro, ese que proyecta sombra, una más espesa y más larga que la de un cuerpo macizo interceptando la luz. El muro es más que ladrillos y alambres de púa enrollados pinchando el cielo cuando se llega a verlo. Es de lamentos, está hecho de pérdidas, acumula los nombres de esos rostros estáticos que dejaron de verse cuando se está del otro lado. ¿Y cuál es el otro lado? ¿Es afuera o es adentro?

“¿Y nosotras somos las traidoras?”

Decir nosotras es un acto político, demasiado acostumbradas a perdernos en el plural masculino, demasiado preocupadas por no borrarles existencia a esos que siempre son nombrados pero que en nuestra boca, la boca del nosotras, no pueden faltar porque su ausencia se paga cara, se paga con el cuerpo, está escrita en el cuerpo.

“¿Y nosotras somos las traidoras?”

Es la autora la que pregunta, la que va a entrar y se va a ir, la que tiene como recordatorio del límite un grabador de voz

al que se ve y se nombra, garantía de que no es “en balde” el relato, de que hay un espacio físico para la memoria, el relato de lo que se ha contado cientos de veces o tal vez nunca, pero se masculla en la noche cuando el sueño no es narcótico, se mastica como un chicle: lo que se hizo bien, lo que se hizo mal, lo que no tiene juicio pero aun así podría ser corregido.

Dice “nosotras” y la reja se reblandece.

La puesta en común de la ignominia más esa perplejidad capaz de convertir a los hechos en una historia; esa es la potencia de este texto. Hay una argamasa común que preexiste al muro y con los pies puestos en esa materia es posible preguntar y es posible responder. Hay un nosotras reconocible aunque las trayectorias sean tan distintas, aunque para una los cerrojos se abran con su *clan clan* característico y para la otra -las otras- ese sonido a metal sea solo clausura de un tiempo propio en el que fue posible indagar el yo porque a alguien más le interesa y entonces se acumulan las que quieren “contar”.

No como número en el recuento diario, cada una frente a la celda, un cuerpo y otro más. Contar para extender el espacio de libertad que abre el relato cuando es escuchado, la memoria deambulando donde no hay que pedir permiso para entrar o salir. Esas puertas se abren porque las llaves están en la cartera, porque el picaporte es picaporte y no privilegio de carceleras. Contar, porque una palabra atrás de la otra recorta el nombre propio del conjunto de las presas, las detenidas, las malas madres, las traidoras.

Contar porque entonces se es además de presa. Porque si hay un antes, también puede abrirse un después donde las elecciones serán distintas.



Ahora que la única urgencia es la del propio deseo retenido, cada movimiento condicionado, la creencia de que algo más se hubiera podido hacer o no, es nítida. Hay que hacer la promesa, en cuanto aparezca la oportunidad hay que tomarla. Y otra vez la cantinela: por los hijos, por las hijas, no por una.

Qué paradoja para una mujer estar detenida, si mujer es afanarse al mismo tiempo en mil cosas.

La cárcel no es suficiente para poner un límite a esa pérdida, ese drenaje constante por el que se nutre a los otros y las otras para la comida, el abrigo, la salud, nunca propios.

Algo parecen ganar en esa detención, aun cuando todo sea pérdida, esa es la paradoja que aparece con fuerza, la que pone en juego este libro que no habla sólo de las que están adentro, sino que tiene la capacidad de interpelarnos a todas, derribando muros con la estrategia de la escucha, del dejar fluir de las voces, de poner en una oración algo tan evidente para algunas e intempestivo como una cachetada para otras: “Ella cuenta su vida y cuenta muertes”.

El desafío es aventurarse en estas páginas leyendo como si se escuchara, así como lo hace la autora, dejándose afectar, transformar, atravesarse por la rabia y el dolor, para no quedarse ahí sino investigar en los detalles, las partículas de vida cotidiana, migas de pan en una mesa tendida con las que hacer esos montoncitos que mecánicamente pueden convertirse en figuras: barcos con los que irse de viaje, una casa soñada, una familia reunida. En esos gestos aparece el acto político capaz de derribar el muro: decir nosotras. Entonces cuando se cierre el libro, como se cierra la reja, será difuso decir que nos faltan las otras, porque todas, todas las rebeldes, somos las traidoras.



## SITUAR: TODO ESO QUE NOS HACE ANDAR

---

*Traidoras* relata seis historias en primera persona sobre el encierro. ¿Cómo se construye la memoria viva de un pueblo? Definitivamente, no será a partir las voces autorizadas y sus antojos objetivos, occidentales, blancos, adultos, machos y propietarios. Para reflexionar sobre la cárcel, ¿vale más un informe estadístico que el relato en primera persona de una mujer que la padece?

Este libro cuenta el narcotráfico por menudeo y la connivencia policial y judicial, cuenta el estigma que carga una mujer luego de que su pareja asesine a su hija, cuenta la institucionalización desde la niñez y la violencia judicial que construye un derecho inentendible para las mayorías, cuenta la tortura en las cárceles y la de los magistrados que desoyen a las personas que sufren encierro, cuenta la performatividad de los géneros, cuenta la violencia patriarcal en una expresión de suma crueldad cuando un padre somete a su hija. Y cuenta más.

En *Traidoras* hay una búsqueda de relatos complejos sobre las biografías de las entrevistadas. En esas historias personales intenté comprender procesos sociales más amplios. Incluso a través de anécdotas o detalles, que pueden expresar la visión de mundo de cada mujer. El objetivo no fue contar la trayectoria de vida de tal o cual sólo porque pudiese resultar interesante, sino porque en sus particularidades y complejidades pueden

estar contenidos los rasgos de un sector de nuestra sociedad que encarna la marginalidad, y que suele estar invisibilizado.

\*

En su primera versión, *Traidoras* fue mi tesis para terminar la Licenciatura en Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata. Esto no significa que me haya acercado a la problemática de las mujeres en el encierro desde la academia. Sí, cierta mirada clasemediera y universitaria cruzó ineludiblemente mi recorrido, pero la reflexión desde la facultad fue el punto de llegada de una experiencia vivida en el cuerpo de la cárcel y las instituciones que allí conviven.

Ese proceso estuvo signado, fundamentalmente, por tres experiencias: por el dictado de talleres en la Unidad Penitenciaria N° 33 de Los Hornos y la N° 45 de Melchor Romero, donde el trabajo semanal y sostenido en el tiempo construyó amistades y me enfrentó a la problemática del encierro y a los distintos abusos de poder de parte del personal del Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB); por haber sido parte del Grupo de Estudios de Educación en Cárceles (GESEC), donde reflexionamos colectivamente con docentes de escuelas tumberas y diseñamos instancias de formación sobre la temática; y, en tercer lugar, por haber trabajado entre 2010 y 2012 en el Programa de Educación en Contextos de Encierro que, por esos años, dependía de la Dirección de Educación de Adultos de la Provincia de Buenos Aires. En este espacio mi experiencia no solo se enriqueció con la recorrida por las cárceles bonaerenses, el trabajo junto con las escuelas que funcionan allí y el contacto con los programas

nacionales y de otras provincias, sino que también me planteó el desafío de pensar la educación en cárceles en coordinación con el SPB.

Con todo eso encima –y otras experiencias vinculadas al oficio periodístico alternativo, a la autogestión y al trabajo cooperativo– entrevisté a las *traidoras*. Recién después me encontré con las categorías teóricas. Cuando me senté a leer, sobre todo algunos textos vinculados con el feminismo y el movimiento de mujeres, la vida toda cambió de eje.

Existe una enorme distancia entre la enunciación discursiva de las desigualdades de géneros y el feminismo calando los huesos. Ese quiebre en mí atravesó la escritura de este libro. Hay un momento en que algo se desmorona, no sé bien qué, pero entonces la mirada se transforma del todo y no hay lugar donde esconderse: es un ejercicio constante el de lidiar cotidianamente con los micromachismos y al rato angustiarse por las miles de contradicciones personales que continúan apareciendo. El feminismo desembarca con toda su furia adentro del cuerpo. Adentro del cuerpo de una. De mi cuerpo.

\*

*Traidoras* forma parte de una estrategia activista en dos frentes: por un lado, la producción académica y periodística de textos y espacios de debate que pongan en crisis la respuesta punitivista frente a la conflictividad social y, por el otro, una práctica activista que busque, con su presencia intra-muros, agrietar el hermetismo penitenciario que se ha venido documentando. Desde ya, no desconozco el desafío que implican ambas tareas,

sobre todo en lo que concierne al trabajo en contextos de encierro; sin embargo, entiendo urgente la necesidad de “estar ahí” abrazando las contradicciones del activismo en cárceles para construir proyectos y mecanismos de resistencia junto a las mujeres.

En su texto “Proyecto habla preso: el derecho humano a la palabra en la cárcel”, Rita Laura Segato plantea la importancia del acceso a la palabra para dar inteligibilidad a la propia historia. El universo carcelario se caracteriza como un ámbito donde a la carencia de palabras –pobreza lingüística que se limita a una comunicación instrumental y telegráfica– se suma un “silenciamiento extremo” de los habitantes de la cárcel: los saberes previos son negados; los mensajes propios son interceptados. Este régimen plantea, según Segato, “un estado de minoridad para el preso: el tutelado, que no es dueño de su conciencia ni de su cuerpo, es infantilizado por la reducción cotidiana de su voluntad”.

Ana inicia *Traidoras* explicitando cómo el dispositivo carcelario opera intentando borrar las subjetividades. No sabía quién era yo, ni para qué iba a usar la entrevista que ella estaba por darme y ni siquiera esperó a que me presente. Prendí el grabador y empezó a relatar su vida. Hizo lo que le mandaron. Así, mi intervención como cronista no dejó de estar mediada por las lógicas de la cárcel: la entrevista se hizo porque a Ana una celadora “le mandó” que baje.

Sin embargo, esa voluntad de narrar la propia historia tiene que ver con la posibilidad de hacer inteligible el propio destino. En el resto de los casos fueron ellas, las *Traidoras*, quienes se acercaron y quisieron participar para ser entrevistadas, algunas sin siquiera saber quién era yo o cuál era el motivo de

las entrevistas. Les interesaba contar, durante dos horas y sin interrupciones, sus historias de vida.

Otra vez recupero a Segato y su señalamiento sobre la importancia de la autoría, que posibilita abrir un espacio de autonomía: “Ser autor significa ejercer la agencia, aún dentro de los límites muy restrictivos impuestos por la disciplina carcelaria”.

En cuanto a la reflexión y crítica al punitivismo, la hipótesis central que guía mi análisis es que la criminalización es un *proceso* que se entronca con opresiones de género, clase y “raza”<sup>1</sup>. Esto significa que no basta con mirar la cárcel para entender quiénes le ponen el cuerpo al encierro; sino que, a partir del análisis de las trayectorias de vida, podemos advertir el carácter procesual de la criminalización, que empieza mucho antes que la causa judicial y se extiende mucho después de recuperada la libertad.

Entender la criminalización como un proceso es central para comprender el modo en que la prisión recae de manera selectiva sobre las poblaciones oprimidas. La herramienta de la interseccionalidad nos permite explicar que el proceso de criminalización es experimentado de formas distintas según cómo se imbriquen el clasismo, el patriarcado y el racismo. Esta perspectiva es clave para comprender una de las cuestiones centrales del presente libro: no existe una manera universal y a-histórica de “ser mujer” y, por lo tanto, de vivir el encierro. Buscamos aquí, siguiendo la advertencia de Chandra Mohanty,

.....

1. Se utiliza “raza”, entre comillas, porque entiendo que, a pesar de que no existen las razas como tales, sí existe el racismo en tanto efecto más visible de actualización de las estructuras coloniales.

sortear el peligro de construir una categoría *mujer* que se pretenda única y que, en línea con las construcciones intelectuales llamadas del “Norte global” o “de occidente”, tienda a representar a la “mujer del tercer mundo” desde su caracterización como doblemente victimizada: víctima de la violencia de género y, a su vez, víctima del “subdesarrollo”. Concebirnos de esta manera, por un lado, opaca la complejidad que implican los distintos modos en los que se intersecta el género con las formas en que opera la explotación en el capitalismo global y el racismo propio de las estructuras coloniales; y, por el otro, opaca las resistencias y las construcciones de contra-hegemonía frente a dichas jerarquías de clase, raza y género.

Pero, ¿cuál es la especificidad del encierro femenino? En un primer acercamiento a las cárceles de mujeres pensaba que estas mujeres habían echado por tierra los mitos, ya que al delinquir traicionaron el mandato social de ser *mujeresmadres* sumidas en las tareas del hogar y crianza de sus hijos. Salieron del recinto de lo privado, quebraron el cerco del hogar y disputaron los recursos de la calle, cada una con sus estrategias: Yamila robando, Mirta formándose en la universidad y Ana siendo el *gato* de un transa. Acaso en esa ruptura con el código penal también habían roto con el mandato político-moral patriarcal. De ahí la doble condena y las distintas sentencias: malas madres, abandonicas, locas, atorrantas, putas, traidoras.

Esas ideas se volvieron insuficientes al escucharlas. En la mayoría de los testimonios las mujeres decían haber delinquido por sus familias, a veces para brindarles una existencia más digna y otras para salvarles la vida. Al salir al ámbito público a disputar recursos, ¿las mujeres estaban traicionando el mandato social o



la delincuencia estaba ligada en ellas a una entrega mayor, una especie de autoinmolación por sus propios hijos en el marco de la vulnerabilidad de la pobreza?

Al complejizar la mirada, la primera idea se volvió difusa, reduccionista. No es mi intención construir conclusiones acabadas, sino desatar algunas preguntas. Quizás la única certeza es que las identidades no son constructos estancos, sino mucho más complejas, y que estas mujeres no renunciaron al rol de la maternidad para optar por otro. Sus identificaciones son dinámicas; se mueven a la par de las experiencias que atraviesan.

Hace poco más de 30 años investigadoras y activistas latinoamericanas, estimuladas por la ola feminista de la década del '60, señalaron la ausencia de políticas que contemplaran la especificidad del género en el contexto de privación de la libertad. Lo que denunciaron en sus trabajos, fundamentalmente, fue que desde la criminología se venía construyendo teoría en torno al sujeto varón preso, dejando de lado la especificidad del caso de las mujeres, y que esto hacía eco en el diseño de políticas de gobierno. Las académicas señalaron que la ausencia de perspectiva de género se traducía en unas condiciones desventajosas de privación de la libertad que no hacían más que profundizar los efectos negativos de la cárcel, las desigualdades y las violencias patriarcales.

Definitivamente, estas críticas se encuentran presentes tanto en las crónicas de vida que aquí se presentan como en el texto escrito por las mujeres que asisten al Taller de Atrapamuros<sup>2</sup>.

.....

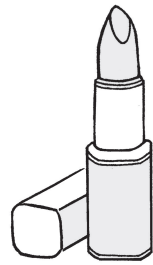
2. Atrapamuros es una Organización Popular en Cárceles que busca problematizar la realidad intra-muros y post prisión, realizando trabajos diversos en diez cárceles bonaerenses.

Estas voces muestran, además del abandono y la sanción moral, las estrategias punitivas que despliega el Servicio Penitenciario, que plantean la resocialización –ese concepto obsoleto que se sigue reinventando– en términos de feminización.

Las *Traidoras* también relatan sus resistencias. En los distintos capítulos emerge la fuerza creadora de estas mujeres, que se reconocen protagonistas de sus vidas y se reconstruyen todos los días. Que desarrollan distintas estrategias de supervivencia y ensayan modos colectivos e individuales de protegerse y empoderarse.

\*

Lo último que debe saber quien lea estas páginas es que el proceso de reflexión y escritura tuvo un marco colectivo. No sólo porque contó con el acompañamiento de Daniel Badenes Schaposnik y Lucas Díaz Ledesma –director y co-director de la tesis–, sino también con la mirada comprometida y crítica de un grupo de casi-licenciados que se reunía quincenalmente a debatir los avances de sus tesis que abordan distintas temáticas, desde la investigación y la producción periodística, con diferentes lenguajes. Ese “Colectivo de Tesistas” que Daniel nos invitó a formar, generó un espacio de intercambio opuesto a las lógicas de competencia academicista que suelen imperar en la investigación y producción de ideas. En el mismo sentido, *Traidoras* está registrado bajo una Licencia *Creative Commons* que habilita su libre circulación, y se produce con el sello de Ediciones de la Caracola, un “proyecto ronda” en el que se trabaja en forma colectiva y horizontal.



ANA





Cruzada de brazos y piernas, Ana suelta la lengua ni bien se enciende el grabador.

—Hola, ¿usted es la de la facultad?

La boca rodeada de arrugas se mueve lo suficiente para dejar ver cuatro dientes cariados, el torso ancho se mantiene rígido, el tono de voz no varía: la *doñita* cuenta su historia con la parsimonia de una docente tomando lista.

—¿Qué tal? La celadora me mandó que baje, que me va a hacer unas preguntas de mi vida.

Está sentada del otro lado del banco doble, de espaldas al pizarrón. El aula es estrecha con paredes color rosa pálido y dos pequeñas ventanas rectangulares que miran al oeste. Está atardeciendo. El ambiente se ilumina naranja, el barrio está en calma, sólo se escucha el sonido de algún pájaro que vuela bajo sobre la quinta que trabajan las mujeres para matar el tiempo.

El aula no es aula: son demasiadas las marcas que señalan que supo ser celda. La pesada puerta de chapa, las pequeñas ventanas rectangulares, el espacio que no alcanza: los escritorios no entran, las sillas se apilan.

—En el año '89 se me fallece una nena de tres meses.

Sin que medie pregunta alguna, Ana hace lo que le mandaron: narra su vida. Entonces cuenta muertes.

—Íbamos a pasear a Ranelagh y por la ventana del tren me le dan un tomatazo, y la nena se pega un susto que Dios mío...

Ana nació en Don Bosco, una localidad del partido de Quilmes, y a los once años se mudó con su familia más al sur, a Ranelagh, en el partido de Berazategui. Allí tuvo sus primeros seis hijos, y en 1989 volvió a Quilmes, esta vez a la villa, donde conoció a su actual pareja, con quien tuvo otros seis. Doce hijos en total. Los crió en la Villa Itatí, la más populosa del conurbano: en sólo 36 manzanas viven apiñadas 60 mil personas. Allí tiene su casa, allí la espera su familia.

—Yo me disparo al Hospital de Vidrio, que es el que tengo en la Villa Itatí, corriendo con mi hija en brazos. El guardia me pregunta si tengo obra social, le digo que no, y me dice que entonces la tengo que llevar a un hospital público, viviendo en la villa y estando el hospital en la villa.

Su marido, ocho años menor que ella, hace changas de albañil; antes de estar presa ella cobraba una pensión por ser madre de siete hijos y se dedicaba a la casa.

—Entonces me fui corriendo al hospital, pero era lejos y en el trayecto *largó el aire*, mi nena, y murió en mis brazos. Porque le produjo esto que se le da vuelta el estómago del susto. ¿Pero yo qué era? Yo era joven, no entendía mucho de esas cosas y recién me juntaba con mi marido, él tenía diecisiete y yo veinticinco.

Esa historia termina ahí. No hubo reclamos por el transporte ni marchas por la salud negada.

No iba a ser la única vez que Ana perdiera un hijo. Vio morir a cinco de los doce que dio a luz. La segunda vez, en el año 1996,

el primer hijo de su actual pareja falleció a su lado, mientras dormía. “Muerte súbita”, le dijeron. El año siguiente, le tocó enterrar a una hija de catorce años. Le dijeron que “sin querer” recibió un tiro en la cara de una pistola 9 milímetros<sup>3</sup> durante un tiroteo en el barrio.

—Le estaban tirando a una camioneta policial, vio. La policía también disparaba. Liga ella el tiro y vuela en el aire. Estuvo un mes y nueve días en terapia, y falleció. A todo esto ya eran tres, ¿no? Lo matan a mi hermano y a los pocos días yo pierdo un embarazo de siete meses. ‘89, ‘96, ‘97, en el ‘98 lo matan a mi hermano, en el ‘99 muere mi mamá de un cáncer en el útero y en el 2003 me matan un hijo de diecisiete años en el Parque Domínico (Avellaneda) y nunca supe ni por qué, ni cómo, ni nada.

Está sentada del otro lado del banco doble hablando de la vida de quienes cumplen condena, de quienes mueren en el anonimato. Resistir se convierte en la única alternativa, pelear por conservar la vida propia y la de su gente.

—Y, a todo esto, tengo dos hijos que son consumidores de *paco*<sup>4</sup>.

Cuando los chicos empezaron a consumir, Ana comenzó la

.....

3. Los efectivos de la policía bonaerense utilizan pistolas calibre 9 milímetros de distintas marcas. Según un informe realizado por la Comisión Provincial por la Memoria, a partir de datos estadísticos oficiales del Ministerio de Seguridad, entre 2009 y 2014 se reportó la desaparición de 900 armas de fuego oficiales. La policía reporta la pérdida de un arma, sea por robo o por extravío, cada 48hs. De aquí que las 9 milímetros no sólo remitan a las reglamentarias bonaerenses, sino que también son las armas más comunes en el mercado ilegal.
4. El *paco* es una droga de bajo costo elaborada con los residuos de descarte de la cocaína y procesada con distintos ácidos y aditivos. Por ende, suele comercializarse alrededor de las cocinas de cocaína. No hay cifras exactas de cuántos chicos afecta este consumo, pero sí es visible el surgimiento de diversas organizaciones, como las Madres Contra el Paco, que se reúnen para enfrentar a un conflicto que tiene de fondo al narcotráfico.

peregrinación por juzgados y centros de rehabilitación que suelen hacer las madres cuando el consumo de sus hijos las excede. Fue cada día al Juzgado de Menores de Quilmes o a la comisaría para que la policía los lleve hasta su casa, y los internó en centros de Longchamps, Cañuelas y Olavarría. Pero los chicos se escapaban y volvían.

—Al ver que vivían para eso, los transas del barrio *los transaron*: les daban para vender y les pagaban con más droga.

Pibes adictos que cobraban su trabajo con *paco*, hasta que consumieron más de lo que vendieron y la cuenta dio en rojo. Los chicos acumularon una deuda, entre los dos, de 950 pesos con el *dealer* para quien vendían: el Chiqui.

—Este hombre los buscaba armado a mis hijos, yo fui a hablar con él, a decirle que por qué me los iba a matar y que yo se lo iba a pagar con la pensión que cobraba. Le dije que le iba a pagar, pero de a poco, 100 o 150 pesos por mes... como podía, pero que se lo iba a pagar. Me miró y me dijo, “Mirá Ana, vendeme porro y no me debés nada”. Y ahí me enganché.

\* \* \*

Recorre la calle de a tramos, hasta Sargento Cabral y Pampa; va y viene, tranquila. Es la calle donde vive. Frente a su propia casa ofrece porro a los pibes.

Está parada en medio de la tierra apisonada, con sus piernas cortas y gordas, mirando para acá, mirando para allá.

Esperando.

Alguien camina hacia ella.

Niega con la cabeza: el paco lo venden en la esquina siguiente.



—Empecé a vender porque temía que el Chiqui les dé un tiro, ¡una qué sabe! Una persona que es transa y quiere su plata mata a un chico adicto por cien pesos, diez pesos o lo que sea. Y, ¿qué iba a hacer? Ellos andaban solos por la noche drogados. ¿Y el día de mañana encontrarlos a mis hijos tirados en un zanjón? ¿Y una qué puede esperar? Y bueno, entonces me metí.

Ana nunca probó una droga. Dice que todo eso es nuevo en el barrio, que antes no existía, que le preocupa mucho. Y que al poco tiempo de empezar a vender, decidió dejar de hacerlo. Pero los transas, como las adicciones, no son fáciles de dejar.

—Me puse firme y dije: “No vendo más”. Porque tampoco iba a estar años vendiéndole, ¿con qué beneficios si la plata se la llevaba él? Y yo más me di cuenta de dejar de vender porro cuando dije: “¿Qué ejemplo soy para ellos?”. Por más que no sea paco, que es re dañino; mis hijos parecen perros galgos, sucios, descalzos, si les comprás zapatillas las venden, venden cualquier ropa por el paco. ¿Qué de bueno hago vendiendo porro?

Pensó que con su decisión iba a alcanzar, que bastaba con su “no”, que si decidía dejar de vender podría volver a la vida de antes, emprender nuevos proyectos. Y eso hizo.

Como su casa le quedaba chica, le propuso a una vecina cambiar casas. La mujer era mayor y estaba sola en una construcción a medio terminar pero mucho más espaciosa. La señora tendría menos habitaciones para mantener, y la familia más espacio para vivir.

Hicieron trato de palabra y mudaron sus pertenencias. No medió un sólo peso, no hubo abogados, ni papeles a firmar.

–Cuando yo dejo de vender le digo a mi marido “Pá, vos trabajás toda la semana”, porque él es albañil y agarraba buena plata, “¿qué te parece si con la platita que cobrás compramos materiales y vamos arreglando la casa?”.

De a poco, trabajando sólo los fines de semana, empezaron a construir habitaciones y a hacerle arreglos, a ponerla linda. Ese era su anhelo: agrandar la casa para poder llenarla de familia, estar tranquila rodeada de hijos.

Cada sábado el marido de Ana se convertía en el capataz de la obra, y junto con alguno de sus hijos, un pariente o amigo preparaban mezcla, revocaban una pared, levantaban una piccita. Ella volvía del corralón con los materiales que alcanzaba a comprar y, de vez en cuando, se cruzaba al Chiqui en su moto. Él la miraba directo a los ojos, y Ana sentía su desprecio.

–El chabón vino como enojado, *corte* que... y a mí se me puso en la cabeza que él me mandó el allanamiento, porque este hombre se manejaba con un abogado de San Isidro, que era su abogado, y no era de la villa ni nada, era un re abogado. Y para mí que con ese manejaron todo. Porque en el momento que me detienen yo ya no estaba vendiendo más nada, no tenía nada, no tenía plata, no tenía alguna cosa que diga que yo realmente vendía.

\* \* \*

Acostada en la cama doble a la hora de la siesta, cuando el barrio se calma y parece que el tiempo se suspende, Ana se distraía con el celular: borraba mensajes del chat, del horóscopo y de la quiniela. Mailén, de ocho años, le había pedido monedas para ir al kiosco y salía de la casa cuando, de repente, comenzó a gritar y llorar.

Entonces los vio. Un operativo acababa de irrumpir en su casa. Alzó a Mailén que chillaba del susto y buscó con la vista a su hijo de dieciséis que estaba mirando una película con un vecino. La policía le gritaba pero ella estaba en otra parte, recorriendo rápidamente la casa con la mirada para asegurarse que los demás estuvieran bien.

— Toda la policía con esa cosa que se le ve nomás los ojos, con unos... qué sé yo, unos escudos; con unos tipo picos, unas tijeras grandotas, las corta-cadenas. Y yo los miraba y digo “¿Qué pasó?”. Y la policía gritaba “¡Tírese al piso! ¡Tírese al piso!”. ¿Y yo cómo me iba a tirar al piso si estaba con mi nena en brazos?

Según la versión policial ella trató de escapar por el patio.

— Los pibes que andaban vendiendo en la calle sí tiraron en la zanja de mi casa tres bagullos —dice en referencia a las bolsitas de nylon en las que se fragmenta la marihuana—. Yo vi que la policía levantó la bolsita, y claro, los pibes la tiraron a la mierda y se tomaron el palo por un pasillo que sale para el bajo.

La villa Itatí es un gran laberinto: las casitas se apilan en torres irregulares, no existe lógica en los pasillos que van zigzagueando hacia el corazón del barrio. Algunas callecitas se estrechan tanto como el largo de un brazo.

“El bajo” que menciona Ana es La Cava, una gran perforación que quedó luego de la construcción de la autopista. Allí viven nueve mil personas, el 15 por ciento de la población total de la villa.

— Entra el policía con una bolsa de nylon transparente con los tres bagullos y se lo pone al lado de mi hijo y dice “Esto se le cayó de la ropa al menor”. ¿Sabés cómo me dolía a mí que digan semejante barbaridad? Él ni siquiera consumía, yo lo trataba de cuidar como oro.

“Acá encontramos algo” dijeron.

—Me sacan para el patio, veo que uno de ellos hace así—se agacha y estira el brazo derecho— y saca la bolsa con los quince pacos en el patio. Claro, eran tres bagullos que sacaron de la zanja y se lo estaban poniendo a mi hijo. ¿Cómo justificaban tres bagullos nomás? Entonces le mandaron los quince pacos afuera. Fue todo una injusticia. Y bueno... ya está, ya estoy acá.

A los dieciséis días de estar detenida se presentó en la Comisaría de la Mujer el abogado del Chiqui, anunciándose como su defensor. Pero Ana se negó a ser asistida por él y solicitó una defensa pública.

—Firmé los cuatro años del abreviado. Me trajeron una sentencia firme y los cómputos. Todo. Ya me quedé tranquila. Gracias a Dios, porque en cualquier momento me voy.

\* \* \*

—Sabés que yo no me siento presa. Siento como que Dios me trajo a este lugar para darme cuenta lo que hice mal. Va a ser un año y seis meses que estoy y es como que... nada. No la siento yo a la cárcel.

—¿No sentís la cárcel?

—No. Tengo una re paz. Se la pido a Dios y se la debo a él. Yo estoy muy contenta con todo esto, me sirvió como una lección: una se tiene que dar cuenta de la molestia que le causa a su gente. Pero esto es como un buen lavado de cabeza. Yo todos los días, cuando rezo, le doy gracias a Dios porque si yo no hubiese entrado en este lugar, tal vez yo estaría metida de vuelta en lo mismo. Quiero sentarlos a los dos, hablarles, abrazarles y decirles que

dejen de drogarse porque la vida de cada uno es muy importante. Y no me gustaría verlos a ellos, que son varones, de este lado.

Ana dice que, para ella, la Unidad N° 33 es como una “escuela de señoritas”, y que se siente bien estando presa. Que lo que la mortifica es haber dejado a sus hijos.

–Yo dije que el día que salga de acá no quiero volver por nada. Imagínese, yo tuve mi primer hijo a los dieciséis años y ahora mi nena de dieciséis ya está juntada y dejó la escuela. Yo no quería que mi hija haga la misma vida que hice yo.

Ya no se ve el sol, y por los pequeños rectángulos que comunican con el afuera empieza a entrar aire fresco. Ana tiene una tos ronca, de esas que duelen.

–Mi sueño, desde que estoy acá, es poner un comedor y darle de comer a todos los chicos que están con la droga, que pueden tener nueve, diez, once o doce años. Y hacer como una reunión, tratar de conversar con ellos, tratar de sacarlos.

Ana sueña con ser la Madre de las Madres. Salvar a todos los pibes de las drogas, tener una casa enorme donde poder cuidarlos.

–Cuando era chica soñaba con ser policia femenina. Porque yo tengo muchos parientes policías, entonces soñaba eso. Después cuando veía que no terminaba la escuela, que no tenía documento, era como que yo iba cambiando, dándome cuenta.

\* \* \*

Su mamá la anotó en la escuela N° 22 de Don Bosco recién a los nueve años. Antes había aprendido a leer, escribir y sacar cuentas en su casa. Luego de terminar segundo grado –a los diez– su familia consiguió una casa en Ranelagh y allí se mudaron.

Pero Ana no tenía documento, en la escuela del nuevo barrio se pusieron estrictos y, con esa excusa, no le permitieron inscribirse.

–Yo nací en el hospital de Avellaneda, que es partido de... yo no sé de partidos y eso. Nací ahí. Cuando fui a buscar mis papeles para hacerme los documentos, porque mi mamá nunca me los hizo, no los encontré. Me dijeron que tenía que ir a La Plata porque los papeles se archivaban ahí, y cuando vengo a La Plata me dieron una de vueltas, que no lo encontraban, que tenía que ir a buscar un papel a no sé dónde y... yo quería mi documento. Entonces hubo una amnistía que se hacían los documentos gratis, así que hablé con dos testigos y me hice el documento como que nací en Don Bosco.

Ana tuvo su Documento Nacional de Identidad a los veintisiete años. Logró sortear las trabas burocráticas y tuvo que mentir sobre su lugar de nacimiento, pero por fin tuvo el librito ese que dice quién sos y que sirve, por ejemplo, para que te acepten en la educación formal. Cursó algunos años en escuelas de adultos, a la tarde o a la noche, de manera salteada y por cortos períodos de tiempo, pero siempre tenía que dejar, abrumada por las tareas domésticas y la familia.

–Acá aprendí muchas cosas: bijouterie, a hacer bizcochuelos, pastafrolas, alfajorcitos, budines de pan, cosas que antes no sabía.

La oferta educativa dentro de las cárceles dice mucho de lo que el Estado entiende por “resocialización” de las mujeres presas. Al observar las estrategias que se llevan a cabo podría concluirse que el Área de Disciplina y Tratamiento de la Unidad N° 33 busca “reinsertar” a la mujer en la cocina, “readaptar” a la mujer en la belleza de manos, “recuperar” a la buena mujer de su casa.

Para muchas mujeres la cárcel significa la primera y quizás única

oportunidad para escolarizarse, aprender a leer y escribir, empezar un oficio, hacer un taller artístico, escribir un cuento, relatar la vida.

—A lo primero era muy casera, lavaba la ropa, cocinaba, me quedaba con mis hermanos porque mi mamá trabajaba. Era como que yo era la única, la más grande, estaba con mis hijos —se corrige—, digo, con mis hermanos al cuidado, en mi casa era la niñera, lavandera, cocinera... Y después cuando cumplí trece o catorce me empecé a escapar para ir a los bailes.

—*¿Cómo te escapabas?*

—Teníamos casa de chapa y cartón y mi mamá nos encerraba en la pieza. Yo despegaba la chapa del cartón y me escapaba. Me bañaba temprano y cuando cerraba la puerta yo me cambiaba un poco, me pintaba y me iba a bailar. Después, cuando volvía me cagaba a palos, ¡pero yo ya había ido a bailar!

Ana ríe y su sonrisa es amplia, toda la cara se relaja en una carcajada pícaro, la mirada se pierde por un momento en algún punto lejano.

—No me gustaba estar en mi casa, era como que estaba cansada de lavar, de cocinar, de cuidar a mis hermanos. Igual, a mí me gusta limpiar la casa, cocinar, y ahora con todo lo que aprendí acá, me va a servir eso.

En la cárcel aprendió a comer con medio paquete de harina y dos verduras. En la cárcel aprendió a intercambiar cigarrillos por lavar ropa y barrer una celda. En la cárcel aprendió a extrañar, a sentirse profundamente sola. Ahora sabe qué le puede pasar si no se queda en casa cocinando, limpiando y criando hijos.

Pero a veces se daba el lujo de escaparse de las tareas de madre, aunque fuera por unas horas, aún sabiendo que a la vuelta le esperaba el castigo.

—¿Sabe qué me dolió mucho? Que en la causa pongan que yo vendía de día y de noche. Porque yo vendía de día, a la noche no estaba en mi casa, a eso de las nueve o diez me iba al bingo, hasta las tres o las cuatro que cerraba. Iba sola. Yo se que hice mal porque con esa plata yo podría haber hecho grandes cosas en mi casa. Eso no estuvo bien.

Ana se escapaba de la crianza de sus hermanos y salía al baile, cuarenta años más tarde desaparecía de su casa sin dar explicaciones y se iba sola al bingo. El mandato y la elección se confunden, y no está segura si le gusta o no el quehacer doméstico, si está bien o mal en la cárcel.

A través de las grietas se construye singular. Ana, y no cualquier otra, la que se atreve.

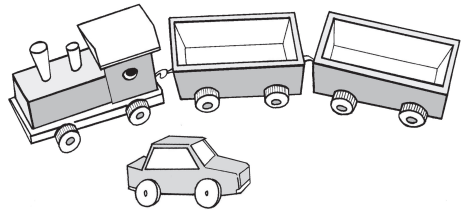
\* \* \*

—Tengo mis hijos, quiero recuperarlos, quiero ayudar a mi marido a arreglar la casa, como lo habíamos planeado. Todo de a poquito. Las cosas se tienen de a poco. Quiero agrandar la casa para tenerlos a todos conmigo. Ese es mi pensamiento y mi anhelo.

Interrumpe su relato sólo para toser, y entonces sigue narrando. Cada noche, cuando vuelve a la celda y escucha el sonido seco de los candados que se cierran, Ana piensa en su familia.

—En estar en mi casa. En ayudar a esos dos. Sueño que hablo con ellos, hasta a veces sueño que los ato a una cama con cadenas y les digo en mis sueños que así como yo estuve presa en este lugar, ellos van a estar presos por un buen tiempo hasta que dejen de drogarse. Ese es mi sueño.





MARINA

---



—El culpable es él, ¿me entendés? Yo a mi hija la extraño, no sabés. No sabés cuánto la extraño. Es algo re profundo. Yo estoy re zarpada en amor a mis hijos, ¿me entendés? Yo tengo amor para darles a los tres, ¿me entendés? Yo estoy en cana y estoy sola con Santino, y extraño a mis otros dos hijos. A Kevin hace tres años y pico que no lo veo. Y todos los días, ¿me entendés?, todos los días le pido a mi bebé, a mi hija Luisina, que me ayude desde el cielo. Y yo sé que es así.

Santino está sentado sobre su pierna derecha y cuando la escucha llorar deja de tocar el grabador de voz, deja de jugar con la pulserita de macramé, deja de revolear autitos: la mira con sus ojos negros re negros de pestañas tupidas y se queda en silencio.

—Imaginate, vos no te vas a fugar de un domicilio porque hayas cometido un accidente. Si yo tuve un accidente voy a tratar de demostrarlo, ¿me entendés? O sea, no te vas a borrar del mapa. ¿Dónde mierda está? ¿Dónde mierda está?

Llora sin hacer muecas, con el rostro firme y la mirada cansada. Las lágrimas gotean de sus ojos y corren, una tras otra, por sus pómulos huesudos. Caen sobre sus piernas y desaparecen.

—En la autopsia salió que mi hija falleció a las 3.30 de la mañana, y él declaró con el fiscal que tuvo contacto a las 3 porque la nena se había movido y él la palmeó. Vos decime, ¿cómo puedo llegar a estar yo? Y no te puedo decir que nunca dije que lo iba a matar, que le iba a pegar un tiro bien piola en la cabeza. Y me da, a mí me da, de verdad. No te lo digo por decírtelo, porque tengo boca y nada más. ¿Vos no sos mamá?

Marina está presa por la muerte de su hija Luisina, que tenía tres meses cuando fue asesinada en su cuna. En la cama de al lado dormía Kevin de cinco años, y a unos metros Marina con su segundo marido, el papá de Santino.

Todavía no son las seis de la tarde y el cielo está cada vez más oscuro. Se acerca una tormenta.

—¿Sabés qué es lo peor de estar acá? La sombra. Es re triste porque hay una banda de sombra, sombra, sombra.

—*¿Qué sombra?*

—La sombra del muro, la sombra de todo. Yo no me la banco. Entro al salón, ¿ves que me pongo esto?, me pongo el sweater porque tengo frío. Vos no tenés frío y yo no puedo estar... Sale el sol y me voy a ver las plantas. Trato de descolgar de acá. Pero igual, es como que te persigue todo el tiempo. Es re feo, no se lo deseo a nadie. ¿Entendés?

Marina y Santino están presos. Marina es flaquísima, el pelo largo lacio negro recogido con un gancho; él lo tiene corto, muy prolijo. Ella usa ropa deportiva, un jogging gastado y un sweater; Santino está de punta en blanco, con un jean nuevo, zapatillas de marca y un buzito. Tiene tres años y medio, ella veintiocho y hace tres y ocho meses que está en la cárcel. A los dos meses que cayó detenida, dio a luz a su tercer hijo.

El embarazo estuvo cruzado por la muerte de Luisina y Marina pasó mucho tiempo en la cama, casi sin salir de la celda, apática a las pérdidas y a los dolores que le ocasionaban.

—Lo único que me consuela es saber que pudimos estar los cuatro juntos; porque cuando estaba embarazada de Santi, la bebé todavía estaba conmigo, y estaba Kevin, y estaba yo. Así hayan sido tres días, estuvimos los cuatro juntitos, ¿entendés? Capaz eso es una boludez, pero para mí es importante.

Un grito de Santino la interrumpe, chilla y se ríe. Ella no le saca los ojos de encima pero continúa su relato. Cuenta que su último hijo nació el 5 de febrero, tres días después del día en que Luisina hubiese cumplido su primer año. Y que ambos nacieron a la misma hora.

—Cuando nació él, yo le hablaba como si fuese ella, ¿entendés? Y ahora, hoy en día, me di cuenta que él es él y que ella es ella, ¿entendés? Yo decía “Ay, qué salame que soy”. Pensaba que mi hija había reencarnado en él, ¿entendés? Te juro que flasheaba eso de la amargura que tenía. La re tristeza.

El nacimiento de Santino la sacó de la cama, ocupó sus días y sus proyectos, y la obligó a salir del hermetismo en el que se había sumergido.

—Si no hubiese estado embarazada de Santino no estaría. Trato de mirar para adelante, pero me cuesta una bocha sin ella. Comer, reírme, levantarme, acostarme; todo me cuesta.

\* \* \*

Santino va y viene por el aula, balbucea algo que no llega a entenderse. Mueve los labios y hace un gesto parecido a una

sonrisa que deja ver sus dientitos en punta pero no se entiende qué quiere decir. Al parecer ella sí, y le estira el autito. No. El autito no. Entonces el berrinche.

Cuando mataron a Luisina, cuando quedó detenida, cuando le negaron ver a Kevin, cuando supo que sería madre estando presa, cuando de un día para el otro su vida se convirtió en una pesadilla, Marina quiso morir. Gritó, pataleó, volvió a gritar y se llenó de ira. Y a pesar de estar sola, presa y embarazada, se negó a tomar la medicación que las psiquiatras de la Unidad le ofrecían como placebos. Dice que eso la salvó.

La medicalización compulsiva es un eficaz método de disciplinamiento en contextos de encierro, tanto en las cárceles, como en los centros de contención de niños y niñas y en los hospitales psiquiátricos. El efecto de las drogas convierte a los encerrados en cuerpos dóciles que duermen largos sueños narcóticos.

Marina cuenta que ante cualquier malestar, el gabinete psicológico no duda en repartir antidepresivos, cuyo consumo no se acompaña y lo que sucede es que los medicamentos se transforman en moneda de cambio dentro del trueque tumbero o se consumen todos juntos y de una vez.

No preocupa la costosa adicción generada, que luego será difícil sostener en la calle, y tampoco se plantea un tratamiento sostenido en el tiempo que trascienda, por ejemplo, los traslados.

La medicalización funciona como la religión evangélica, más presente en las cárceles de varones. En los últimos veinte años, el culto evangélico creció maratónicamente y el poder de los pastores se ramifica en las unidades bonaerenses en clara connivencia con el Servicio.

Con remedios y evangelistas, se intentan bajar los niveles

de violencia que genera el encierro, el hambre, las pésimas condiciones de infraestructura, el parcial acceso a la educación y el gran abanico de torturas y amedrentamientos que se sufren en las cárceles de la provincia.

—Acá vos tenés un problema de cualquier tipo y *pum*, psiquiatra y te mandan medicación. Las psicólogas están todas al re pedo. Y nunca te ayudan, si salís adelante es por tus propios medios. Te sentís re zarpada de sola. Una necesita expresarse, necesita hablar, ¿entendés?, que alguien te entienda —dice y mueve las manos, contrae los músculos de su cara, exagera las palabras, las estira, las repite.

Deprimida, sola, hostigada por sus compañeras y por el personal del Servicio Penitenciario, Marina se encerró.

Tuvo que tener paciencia, la vida de Santino ocupó la suya, le devolvió sentido, y el tiempo pasó, transcurrieron las horas, los días, los meses. De repente, se sintió distinta.

Como si fuese posible volver el tiempo atrás, Marina ensaya un *flashback* y se recuerda puro impulso. Algo cambió y no se detiene en buscar explicaciones cerradas, se siente otra, y eso es lo que importa.

—Va pasando el tiempo y hay personas que no evolucionan nunca, porque no se dejan evolucionar, porque ellas mismas no quieren evolucionar; y yo sí. Porque, ¿qué le voy a enseñar a mis hijos? Todo lo que a mí me haga madurar, reflexionar y cambiar para bien, yo lo voy a hacer. Y lo estoy logrando.

Su cuerpo flaco y largo se pliega para acariciarle el pelo a Santino que ahora trata de escribir el suelo con una tiza. Como no escribe la golpea contra el piso, sacude los pies, grita y la tira lejos.

La voz de Marina no se interrumpe. Relata tranquila eso que ella

llama su evolución, y lo que cuenta es el sentido que le encuentra a su existencia. Una vez más, dice que eso se lo debe a sus hijos.

—No te das cuenta cuando vas cambiando. Porque una vez que vos lo decidís, ya está, eso va pasando con el tiempo. Como el reloj, ¿entendés? Va pasando solo. Y no te das cuenta y cuando caes, ponele en algún momento que estás pensando, o te estás tomando un par de mates, y estás medio colgada... Y sí, te das cuenta, “cambié en un montón de cosas. Qué *cheto* que estoy mejor, que estoy, *corte*, un poco más pacifista”.

Va y viene su mano sobre la cabeza de Santi mientras, de a poco las nubes, enormes de todas las formas, avanzan lentas, encapotan el aire y todo se oscurece.

—Al principio *flasbeaba*, ¿por qué me tiene que pasar algo malo si nunca hice nada malo? Y bueno... a veces Dios. O no sé quién. O el tiempo, o la vida, las circunstancias te llevan a estar en lugares... Yo no necesité que nadie me hablara. Simplemente dejar que pase el tiempo, y que el tiempo me ayude a cambiar. O sea, el tiempo te atrapa, ¿entendés?

\* \* \*

Si el mito de la *mujermadre* tuviera un anti-mito, sería el del filicidio. Asesinar un hijo, o estar investigada por su asesinato, significa una herida certera al ego de la sociedad, escandalosamente peor, pero en la misma línea que el aborto.

Quienes están acusadas de este delito sufren sistemáticamente la violencia tanto de parte del personal penitenciario como de otras mujeres privadas de su libertad. Como castigo suelen ser obligadas a ser las “ama de casa” del pabellón (lavar ropa, limpiar, cocinar),



un escarmiento que marca a fuego las tareas de las que debe ocuparse una mujer en el marco de nuestra sociedad. Y que vincula directamente estas tareas con el sentimiento de humillación.

Hasta llegar al pabellón donde vive y donde ha podido establecer vínculos, Marina también se vio sometida al flagelo y la persecución.

—Ya la primera noche que estuve en una comisaría tuve el primer problema. No lo podía creer yo, recién encanada, ¿viste?, me quería matar.

En ese momento ella estaba muy deprimida, recluida en sus pensamientos, no hablaba con nadie y prácticamente ni comía.

Una mujer de unos cuarenta años con la que compartía celda, cuando todas dormían, le cortó la ropa y el pelo a otras pibas, rompió unas zapatillas y escondió la tijera entre las pertenencias de Marina.

—Hizo una estupidez, pero ahí es re grosso, re grave. Y me dice: “Yo te vi anoche que vos estabas levantada”; y yo salté re caliente: “¡Pero vos estás loca, vos te pensás que con las cosas que me están pasando voy a venir a meterme en una comisaría a hacer maldad! Mirá, yo estoy embarazada, yo no voy a pelear. Vos vas a ir a parar a un penal, quiero que me busques, y yo te voy a partir como un queso”. Así de corta. Yo no me como ninguna, ni en la calle, ni acá adentro.

Luego prefiere cambiar de tema. Le pesa la condena con la que carga, y es un *bondi* largo, muy largo, y se quiere ir ya.

\* \* \*

—¿*Alguna vez te imaginaste en la cárcel?*

—No. Yo tengo una causa por robo, ¿viste? Pero esa causa ya fue, se esfumó. Fui a robar una banda de veces... un montón de

veces robé. Porque imagínate, yo siempre viví con mi hermano, vivimos solos desde los doce años. Mi mamá se fue a Brasil cuando yo tenía diez, mi papá se fue a la mierda con la mujer... Fue, nos vemos, ¿qué vamos a hacer con doce años?

Marina dice que nunca se imaginó la cárcel, aunque solía robar con su hermano menor y tiene una causa abierta desde ese momento. Cuando ella tenía diez, su mamá abandonó la casa familiar y se escapó a Brasil con el padrino de una de sus hermanas. La ruptura desarmó la familia y el padre también se juntó con otra mujer y se fue. Desde entonces, Marina y su hermano, los dos más chicos, quedaron viviendo solos en la casa familiar, en la localidad bonaerense de General Rodríguez, sobre la Ruta 6. Trabajaban en una quinta y se repartían las tareas domésticas.

—Nosotros nos sentíamos re libres, re *cheto*, re bien. Nos manteníamos solitos, ni a mi papá le pedíamos. Pero por momentos me caía la ficha y era una nena: “Papi, yo la extraño a mami”. Y es como que en ese momento no pensás mucho. Después cuando vas creciendo es como que necesitás a alguien. Y bueno, igualmente estaba mi papá, en sus momentos, porque no sabés lo que es...

—¿Qué es tu papá?

—La verdad, lo que es mi papá es lo que menos me interesa en este momento, pero te voy a contar igual. Es un viejo boludo, ahora es un viejo re boludo, pero robaba muy bien. El negocio estaba muy bien, lo tenía muy bien, en la época de Alfonsín, del '83 y todo eso, ¿viste? Aparte era boxeador.

Llegaba sin avisar y desde lejos podía sentirse la camioneta andando en el camino de tierra. El olor mentolado del átomo desinflamante para que deshinche los nudillos, el tabique engrosado por los golpes, el cuerpo magullado, la mirada sagaz.

—Y... qué sé yo, capaz que no tendría que haber sido así, en el sentido de que yo no le voy a decir a mis hijos, como nos decía mi papá: “Fui a *meter caño* y...” ¿Y qué pensás que le vas a dejar a tu hijo? ¡Andá a robar! A una criatura de doce, trece o catorce años. ¿Qué van a hacer los chabones?

Los *chabones* son ella y su hermano cuando eran dos chicos viviendo solos, trabajando en una quinta, robando *giladas*.

Se subían los dos a una bicicleta, ella lo llevaba parado en el piñón de la rueda trasera. Él se bajaba de un salto, corría hacia una bicicleta olvidada sin candado, con otro salto se subía y pedaleaban al máximo entre risas cómplices.

Marina suspira, sus ojos negros se ponen vidriosos, los labios se fruncen apenas. Hace un movimiento con las manos, se acomoda en la silla; así vuelve al aula y continúa su relato.

—Te rescatás a los veinte años que estuviste sola toda la infancia, y ahora que soy grande tengo que seguir pasando, seguir pasando, seguir pasando. Llega un momento que digo: ¡quiero descansar! O sea, el lomo me pesa, me pesa como si tuviese cincuenta años. Estoy cansada ¿entendés? Te cansa, la vida, las cosas te cansan, el tiempo te cansa. Más cuando vos estás ¡pum! ¡pum! ¡pum! toda la vida.

Marina quisiera que sus hijos crezcan rápido, quisiera tener cerca de sesenta años, quisiera poder estar sentada, ver crecer a sus nietos, descansar.

\* \* \*

Yamila y una celadora irrumpen en el aula.

Celadora: —Señora, ella es Sánchez, quiere que la entreviste el martes que viene.

—*Ya hay otras tres chicas que quieren que las entreviste, pero te anoto y vemos cuándo. ¿Cómo es tu nombre?*

Yamila: —Yamila Sánchez.

Marina: —Este pibe está desacatado, por favor, señora, haga algo.

Celadora: —Se está metiendo la tiza en la boca.

Marina: —¿Y qué quiere que haga, señora? Está re desacatado. Se porta re mal. ¿Me convida un cigarro?

La celadora le ofrece el atado y se va.

Yamila: —¿Grabás lo que dice?

—Sí.

Yamila levanta una ceja y mira a Marina.

Marina: —Pero no pasa nada, no lo escucha la policía —dice mientras le baja el tabaco al cigarrillo dándole golpecitos contra su muñeca izquierda.

Yamila: —¿Vamos Santi? —dice cambiando la voz y sonriéndole de manera exagerada— este es más terrible que todos los terribles juntos. ¿Y sale en los medios esto?

Marina: —¡No! Es para su tesis. ¿Qué te crees? ¿Qué lo va a publicar en todo el país? *Corte:* “¡Habló Marina Ortega!”

Yamila: —Conmigo va a llorar. Tráigase muchos pañuelos.

Marina: —Ah, yo escuché cada cosa acá adentro. Hay pibas que fueron violadas por los padres, por éste, por aquel, por el otro. Y, obviamente, no se recuperan más. Es muy feo lo que tienen que pasar muchas pibas, cosas re feas, no sabés...

\* \* \*

Santino se va con Yamila y ella suspira. Dice que confía mucho en su compañera y que antes, cuando nació su hijo, recelaba de

todo y de todas. Ahora se anima a no estar siguiéndole cada paso y disfruta de los pequeños momentos de soledad.

Con el cuerpo hacia delante y los antebrazos sobre el banco de escuela, mientras silba el viento que anuncia la lluvia, Marina habla de la ausencia de su madre.

Después de diez años sin tener ningún tipo de contacto, volvió al país junto con su marido y fueron a visitar la casa de Marina. Ella lo sintió como una burla, la ofendió verla llegar con quien en la infancia había sido su tío, le ofendió que después de tanto tiempo todavía no hubiera una explicación, le ofendió el silencio y le ofendió el maltrato que vino después.

Y Marina y su hermano no supieron cómo.

—Le prendimos fuego una casa que tenía en Ituzaingó. Pero ella... se zarpó —No encuentra las palabras— Había cosas que no iban, ¿entendés? Palabras y boludeces que lastimaban, ¿entendés? En el sentido de que no podés, *corte*, hablar como si nada pasó en la vida. Nunca aclarar nada, ¿entendés? ¿Por qué te fuiste? ¿Entendés? Años y años preguntándole ¿por qué se fue?, ¿por qué se fue?, ¿por qué se fue?, ¿qué le pasó?, ¿cuál fue?

Habla rápido y hace una mueca con la cara haciéndose burla a sí misma, a sus preguntas de niña, esas que repetía porfiadamente.

—¡Nunca una respuesta! Borrarte entonces, no te presentes en mi casa. Cuando la bardeamos nos dijo, *corte*, que nos merecíamos que ella nos haya abandonado, todo el sufrimiento lo merecíamos. Por ese momento andábamos todos re desacatados, era el tiempo de De la Rúa, de los saqueos, y nuestra reacción fue esa, de la misma bronca que veníamos acumulando.

Su hermano mayor, a los veinte días del incendio, fue a la casa con un arma y baleó las paredes.

Ninguno de los dos episodios se comentaron en la casa familiar. Marina dice que fue una forma de saldar cuentas, de quedar hechos.

\* \* \*

Otra vez el niño copa la atención en el aula. Entra caminando rápido, con las piernas muy abiertas para tener mejor equilibrio, y le pide *upa*.

Marina y Santino viven en un pabellón que todos llaman “de madres”. Ahí están las mujeres que esperan la libertad junto con sus hijos, quienes hasta los cuatro años (a veces más) tienen permitido vivir con ellas.

Le dicen así aunque no vivan solas, sino con sus hijos, aunque sean otras tantas cosas además de progenitoras y a pesar de que en el resto de los pabellones también vivan mamás. Ahí están las madres, las que deben serlo, las que importan en tanto viven con sus niños, ellos son la prioridad.

—No, Santi, no. No seas malo, en serio te estoy hablando. No se pega, no hay que pegar. Escuchame lo que te estoy diciendo, ¿no vas a pegar más? Dale un besito a mamá. Lloro si me pegás.

Marina cuenta que cuando lo pone en penitencia en la cama, Santino cruza las manos atrás de la nuca y mira la tele. Ella se preocupa por su crianza y dice que no quiere que sus hijos sufran una infancia como la de ella. Que quiere estar cerca, que estudien, que no tengan vicios, que sean felices.

En el pabellón donde vive Santino viven otros once chicos, una celda pegada a la otra, madre e hijo comparten cama, se bañan juntos, las comidas y los recreos juntos. Suelen compartir las 24 horas del día.

Como en todo espacio de convivencia, y más aún en el violento ámbito de encierro, se generan todo tipo de roces y Marina no tolera que sus compañeras se peleen delante de ellos. Cada vez que presiente que se va a generar una discusión, se encierra con su hijo en la celda y sube el volumen de la tele o le cuenta un cuento.

—Trato de que no esté en contacto con la cárcel *cárcel*. Trato de enseñarle lo mejor que puedo, ya sabe dibujar y contar hasta cinco. O sea, no soy El Libro Gordo de Petete, pero trato siempre de que ellos se sientan orgullosos de mí, a pesar de que yo estoy acá. Nunca les voy a mentir, siempre les voy a contar toda la verdad, ¿entendés? Para que ellos entiendan que no es fácil estar sin una mamá, sin un papá. Yo por lo menos tengo la satisfacción de saber que ellos se van a amar, van a tener una hermandad pura, que se van a ayudar entre ellos el día de mañana que yo no esté.

Santino tira un autito al piso y lo pateo.

—No, Santi, se rompen los autitos así. Bueno, listo, se lo lleva Juliana porque vos lo estás rompiendo.

Lo mira en silencio, él hace un puchero y entonces le devuelve el juguete.

—Igual es difícil, re difícil... Yo no le pongo muchos límites, porque pienso que él sufre... ¡Basta Santi, mamá se va a enojar! ¡Cuco! Ay, está allá, miralo. Ay no, me muero.

Marina señala un rincón y pone cara de susto.

—Ay, *me mueiro*, Cuco —dice Santi.

—Y, más o menos, una se las va ingeniando.

\* \* \*

—La no-libertad es física, nada más. Todas piensan que acá no hay libertad. Sin embargo, yo tengo un montón de libertad. Tengo la libertad de estar todo el tiempo con mi hijo, ¿entendés? Más allá de que quiera estar con mis otros dos nenes y no pueda, pero tengo la libertad de cosas más profundas. Eso no te lo va a sacar ninguna cárcel. Olvidate. Yo tengo toda la libertad del mundo acá adentro. A pesar de que pasaron tres años y pico y ya estoy re zarpada, re saturada, re mal; cada vez que me acuerdo que estoy en la cárcel... *pum*, me pongo re mal, ¿viste? Y digo “Aayyy, me estoy por morir”. Y lo veo a él, ¿viste? Y digo “¡No! ¡Si yo estoy con mis tres hijos!”. No porque me quiera consolar, sino por el hecho de que a pesar de que no estamos físicamente juntos, mi corazón los tiene a los tres. Y los corazones de ellos me tienen a mí. A mí no me priva nadie ni nada de eso. Yo tengo la libertad de amarlos cada día más. Soy libre; estoy presa físicamente, nada más.

\* \* \*

Irrumpe en el aula una tal Valeria preguntando de qué se trata la entrevista.

—¿Hace preguntas de la vida que sufrimos adentro o de la vida que sufrimos afuera?

Y dice que ella también quiere ser entrevistada.

\* \* \*

—Mirá, el papá de Santino, que obviamente nunca nunca va a ver a mi hijo, está prófugo. Hay un montón de irregularidades



en la causa. Yo no sé si la justicia es justa, pero a este hijo de puta lo largaron con diez lucas que aportó a la comisaría antes de ir a declarar a la fiscalía y después desapareció.

Santino tira el autito y grita.

—Antes que desaparezca me lo crucé en la Alcaldía. Él estaba a tres metros de distancia mía, yo tenía tres custodios puestos y estaba esposada para delante. Él ni me miraba. Yo lo único que quería era matarlo. Entonces, moví un poquito el cuerpo: preparé la pierna derecha adelante y la pierna izquierda un poquitito más atrás, para abalanzarme rápido, ¿entendés? Le crucé las esposas por delante de la cara y se las puse acá, justo en la nuez. Y ahí me agarraron.

Santino pega patadas al aire, se asusta un poco por los truenos de la lluvia que empezó a caer, no quiere estar a *upa* pero tampoco quiere estar en el piso.

—Yo sigo, y sigo, y sigo. Pero, ¿sabes qué?, estoy re zarpada. Te digo la verdad, estoy re zarpada. Pero yo no quiero ser una causa más, ¿me entendés? No voy a ser una causa más. Yo lo último que haría en mi vida es hacerle daño a mis hijos. Cometí un montón de errores; que digan “Marina es re chorra”, sí, decí todo lo que vos quieras, pero a mí con esas causas no, ¿me entendés? Yo nunca maté a nadie.

Los hombres se fugan, ¿las mujeres se fugan? ¿Dejan a sus hijos y se van?

—Lo primero que voy a hacer cuando salga de acá es ir a llevarle flores a mi hija. Y no llorar más, para que pueda descansar en paz. A mí no me interesa que mi mamá me haya dejado, no me interesa haber sido chorra, no me interesa nada. Lo peor que me pudo pasar en la vida es perder a mi hija. Sé

qué clase de persona soy. Yo creo mucho en la virgen y todos los días le pido que, por favor, aunque sea me deje tenerla en los sueños. Porque te juro, no sabes, la extraño a morir. –Su voz se quiebra, Santino la mira, ella lo mira–. Encima él es igual igual. Nada más que ella tenía el pelo más clarito. Por algo pasan las cosas. Todos los días digo “Faaa... qué loco”, como que Dios me la devolvió, una cosa así. Obviamente yo ya pude separar eso: Luisina es Luisina y Santino es Santino. Cosas que yo antes he confundido. Y yo todo eso, todo lo comprendí sola. No sé, yo tengo *corte* un re orgullo mío, ¿me entendés? Siento que estoy capacitada para llevar todo esto, para alivianar un poco el dolor re zarpado, porque tengo un dolor re zarpado, ¿me entendés? Perder un hijo es un dolor re zarpado.

Desde que Marina empezó a llorar Santi se quedó inmóvil, sentado en su pierna, la mira atento.

–La gente va a pensar que yo estoy loca, que sé yo, no me interesa, pero existe eso que es una fuerza entre madre e hijo, una fuerza así re zarpada que te lleva a salir de todo. Bueno, eso es lo que yo tengo. Tengo un re contacto con mis hijos. Es loco, pero es cierto. Uno lo siente en el alma. Pasan las barreras del amor, todo, ¿me entendés? Y yo tengo la suerte de sentir todo eso, ¿me entendés? De saber que ellos me re aman. Donde están yo siento los latidos de ellos.

La celadora interrumpió varias veces. Ya son las siete, es la hora que cierran la escuela, hay que irse. Afuera se cae el cielo.

–Vamos que nos van a echar. O por ahí nos dejan acá adentro.



VALERIA

---



–Los hombres le llaman traidoras a sus mujeres –sus labios dibujan una sonrisa– porque dicen que la mujer es traidora: hoy está con uno y mañana lo abandona.

En la cárcel dicen que la fidelidad se traduce en visitas. Dejar de visitar a un preso es traición.

–En realidad, los hombres tienen más visitas que las mujeres. Porque a ellos lo siguen siempre, si no los sigue su mujer, lo sigue su mamá, sus hijas, sus hermanas, sus amantes, sus amigas. Al hombre lo siguen todas sus mujeres. A la mujer no la sigue nadie.

–¿Y *nosotras somos las traidoras*?

–Y sí, es al revés. Pero viste, el hombre siempre quiere llevar las de ganar.

Valeria reflexiona con la mirada perdida en algún horizonte; asiente un par de veces con la cabeza sin decir palabra hasta que suelta una conclusión.

–Nunca nadie se puso a ver eso: que es a la mujer a la que abandonan.

\* \* \*

El pizarrón está limpio y el aula de la escuela está vacía: sólo un banco doble y dos sillas. Sobre el pupitre el grabador de voz y un paquete abollado de cigarrillos. Las tizas blancas, en el suelo.

—La primera vez que caí fue cuando me escapé de mi casa, me perdí y me llevaron a la comisaría. Me acuerdo que tuve mucho miedo.

Escatima las palabras, mueve apenas la boca; el cuerpo está quieto, los brazos cruzados. Con respuestas esquivas cuenta que nació en Claypole y que el día que se escapó llegó hasta Avellaneda.

—Me fui a los nueve años de mi casa —se lleva la mano a la boca y carraspea— porque mi familia no era una familia estable. No estábamos bien. No.

No.

Mira fijo y aprieta contra el pecho los brazos cruzados. Usa el flequillo prolijamente cortado, las cejas muy depiladas y tiene los labios finos contraídos dibujando una línea en el lugar de su boca. Cuenta que vivía con su abuelo, sus padres y sus hermanos, que eran diez y quedan ocho. El aula rosa pálido queda en silencio y en el espacio vacío retumban los alaridos de las mujeres actrices que entrenan sus voces en el hall del pabellón-escuela durante su taller de teatro.

—Porque no tenía... o sea... eh... me fui porque no teníamos, ¿cómo te puedo decir? Una estabilidad. Éramos muchos en mi casa y... teníamos problemas. —Se acomoda el flequillo y su mano roza el rostro trigüeño hasta caer de nuevo sobre los muslos. Suspira y elige no contar— Y bueno, me fui a la calle. Empecé a escaparle a mi mamá, empecé a conocer gente, dormía en Constitución.

Por diferentes motivos —que quizás sea uno— los chicos viven en la calle, se alimentan de lo que consiguen, piden monedas, juegan, se pelean, se cuidan, crecen. Se protegen del frío con alguna frazada, durmiendo juntos, *jalandó bolsita*. “Salís para ayudar a tu familia, agarrás el ritmo de la calle y te quedás ahí”, explica con palabras simples. Y entonces la libertad se parece mucho a la condena.

Cuenta que algunos adultos se molestaban con sus presencias y, cuando ella se acercaba a abrir la puerta de un taxi o a pedir una moneda, contestaban con un rotundo “no” y una mirada de desprecio. También había otros que los llamaban “*guachos*”, “pendejos de mierda” y los espantaban con amenazas y empujones. En la calle aprendió, entre otras cosas, a defenderse. Y ahí, en la calle, empezó a robar.

El robo forma parte del repertorio de travesuras diarias que son necesarias para asegurar la subsistencia. La astucia se entrena a fuerza de prueba y error: primero observar a algún chico más grande, reparar detenidamente en sus movimientos certeros, sumarse a la corrida, ir hasta la plaza a repartir el botín, reír a los gritos la adrenalina. Después empezar con arrebatos a distraídos, de un zarpazo arrancarle el celular al imprudente o asustar a una doña con un cuchillito.

Los niños coleccionan celulares en sus bolsillos, se los intercambian como figuritas y los revenden en los locales de los adultos. Con la plata: un sánduche, una coca y alguna droga de esas que matan rápido.

No pasó mucho tiempo hasta que Valeria fue encerrada en un centro cerrado para chicas, y comenzó su recorrido por institutos con nombres de mujeres cristianas: Stella Maris, Nuestra Señora

de Luján, María del Rosario, Isabel la Católica y algún otro que no recuerda. Llegó hasta un colegio de monjas en General Belgrano.

—En los institutos te maltrataban el doble de lo que vos vivías en la calle. Los celadores y las mismas monjas te pegaban. Yo me acuerdo que andaba salvajeando con otra piba más, y a veces nos peleábamos. Y me acuerdo que las monjas te mandaban a rezar el rosario, te castigaban, te daban un chirlo, un sopapo y te cortaban el pelo. Por cada pelea que vos tenías, te cortaban tres dedos de tu pelo.

—*¿Y llegaste a tenerlo muy cortito?* —Valeria escucha la pregunta y contiene la risa. Relaja por unos minutos los músculos de su cuerpo, descruza los brazos y luego cierra rápido la boca para disimular los dientes que faltan.

—¡Sí, hasta las orejas! Yo siempre tuve mi pelo por la cintura. Me acuerdo que estabas bien, en el sentido de que tenías un techo, te bañabas, te alimentabas, ibas al colegio o te sacaban a pasear. Pero, en otro sentido, ellos tenían mucho abuso, te maltrataban mucho.

Cortarle el pelo a las niñas que se portan mal, y entonces ya no son tan niñas: *varonizarlas*. Ese es el estigma.

—En ese momento no podías denunciar nada, porque éramos chicas, y no bajábamos al juzgado casi nunca. Acá, en la cárcel, vos bajás al juzgado si te pasa algo. Cuando sos menor no.

Valeria pasó dos años, de los nueve a los once, viajando de instituto a instituto, conociendo a otras pibas con historias parecidas, soportando el maltrato, transitando la vida del encierro.

\* \* \*

—De la que me acuerdo siempre es de la Gabriela. Con



ella nos escapamos del Sagrado Corazón de Jesús, en General Belgrano. Era una tardecita así, igual a ésta.

Levanta la vista hacia la pequeña ventana, pero no ve nada, no tiene cómo. Sería necesario pararse en puntas de pie para mirar que el sol está bajando en el cielo completamente limpio.

Cuando atardece en el campo los pájaros vuelan en bandadas y dibujan figuras sobre el fondo rosado. Una y otra vez, vuelan juntos, forman dibujos en el aire y desaparecen detrás de algún monte.

Salieron de la escuela, no recuerda de qué clase, y esperaron a que las monjas se distrajeran. Hacía varios días que venían planeando escaparse, y habían decidido que el atardecer era el mejor momento.

El plan: apilar muebles contra el paredón, caer del otro lado, correr sin dirección.

Saltó un paredón más alto que el de tres metros que ahora no le permite mirar el horizonte. Cayó y ahogó el grito, se tragó el dolor. Trató de pararse pero no pudo, se sentía mareada.

—¡Dale dale dale! —se le unieron sus compañeras que salieron por un garaje: Gabriela de quince, la China de doce y su hermana de once, “que ella también estaba en el instituto, pero porque la puso mi mamá”.

Y se perdieron de vista por las vías del Ferrocarril Sud. Dejaron atrás, uno a uno, los durmientes de madera mientras el día se dejaba morir. Jugaron a la huída bajo el cielo limpiísimo.

Se rieron, cantaron, contaron historias de sus vidas e inventaron otras, dijeron malas palabras, escucharon a Gabriela hablar de sexo, y se volvieron a reír. Vieron el cielo cambiar de color, vieron el sol ponerse en el horizonte, sintieron en sus cuerpos la temperatura bajar hasta que las cubrió la noche. Y tuvieron frío, y miedo, y cansancio.

Cuenta que caminaron desde la Estación de General Belgrano hasta Ranchos, en total son 32 kilómetros. Cuando llegaron se acurrucaron en un rincón de la añosa construcción para descansar al reparo de la noche, pero hacía demasiado frío y salieron a buscar alguna casa que todavía tuviese sus luces prendidas para pedir abrigo.

Las dejó entrar a dormir una señora que, a pesar de tener muchos hijos, les armó unas camitas y les ofreció té caliente. Pero al día siguiente, cuando se levantaron, llamó a la policía.

El móvil policial estacionó en la entrada y escucharon el sonido de las puertas que se abrieron y cerraron de un portazo, los pasos avanzaron firmes y finalmente las miradas amenazantes, el castigo inminente. “Dan ganas de llorar, de hacer pis, te tiembla todo el cuerpo”.

—No queríamos, yo quería estar en mi casa, quería irme—su voz se interrumpe por una tos seca— Pero la policía nos llevó al Instituto.

—*¿Y qué pasó en el Instituto?*

—A mí, a mi hermana y a la China no nos castigaron. Cayó todo el peso sobre Gabriela, porque ella era la más grande. Me acuerdo que la madre Isabelina le dio una paliza tremenda. Quedó toda marcada. Y después la trasladaron. Decía que ella nos había incentivado a que nos escapáramos. Nunca más la vi. Igual, yo estuve dos meses más y mi mamá me sacó.

\* \* \*

Valeria tiene 33 años y dice que es una mujer de su casa, incansable trabajadora, que jamás pensó que podría estar acá, contando sobre su vida frente al grabador de voz, presa.

Vivió una infancia que no puede siquiera contar, se escapó a los nueve, conoció la calle y carga con sus cicatrices, y entonces la encerraron dos años. Cuando salió de los institutos se convirtió en ama de casas, de la suya y de la de sus empleadoras.

Quedaron atrás las travesuras de la niñez, y se dedicó a trabajar. Por eso dice que, a pesar de que la mayoría de sus queridos estuvieron o están cumpliendo condena, ella nunca se imaginó privada de su libertad. Para Valeria, ser *mujer madre* y delincuente son opuestos irreconciliables.

A los once empezó atendiendo a su vecina, hasta los catorce que se juntó y a los quince, nada de gran vestido de niña bonita, fue mamá de un varón.

—Ya me quedé ahí, hice mi familia. Tengo seis hijos, cuatro de mi primer marido y dos del segundo. Y siempre trabajé, limpié casas de familia, siempre.

Doméstica de tiempo completo: limpiar y cocinar y criar, y limpiar y limpiar por aquí, y limpiar y limpiar por allá, en tu casa, en mi casa, en su casa.

Apenas tenía tiempo para descansar, así fue que sólo en el encierro pudo asistir a clases.

—Acá hay muchos talleres para hacer, para aprender cosas: peluquería, manicura, alfabetización en venta, computación, bijouterie, cocina. El de uñas esculpidas está muy lindo porque te enseñan a hacer las uñas con acrílico.

—¿Y eso te sirve para la calle?

—Y... más o menos. Está caro hacerse las uñas, si vos te pones a pensar, todas las de la farándula las usan.

En realidad, dice, eso no le preocupa demasiado, porque ella quiere volver a la misma vida que tenía. Quiere volver a su

casa. Le preocupan sus hijos que, como los de la mayoría de sus compañeras, están separados desde que ella fue detenida: los dos más chicos viven con sus hermanas y los más grandes viven con su papá y trabajan con él juntando cartones con un carro tirado por caballos.

Valeria habla pausadamente, y cuando nombra a sus hijos los extraña con el cuerpo y con la voz. Cuenta que sus hermanas llevaron de visita a los más pequeños algunas pocas veces y que a los más grandes no volvió a verlos, sólo habla por teléfono de manera esporádica.

—No quiero volver nunca más. Hay chicas que salen más malas, vuelven a robar y no les importa volver a caer. Yo ni cabida a los *ratís*. Ni cabida. A veces tienen abuso de poder. Vos pedís algo y no te lo dan, y ellos saben que lo estás necesitando y no te lo dan. Sabés que dependés del otro, tenés que tener paciencia y esperar. La policía a veces te hace la guerra, y buscan todo el tiempo sancionarte. Y una lo único que quiere es irse a la calle.

Sobre la piel blanca de la muñeca derecha un tatuaje *tumbero* (a mano, con aguja y tinta china). Los cinco puntos, uno en el centro, los otros cuatro en los vértices de un cuadrado imaginario: muerte a la policía. Y en el antebrazo izquierdo las marcas profundas del autoflajelo, de cortes recientes, hundida la carne en varias incisiones, la nueva piel color violeta.

\* \* \*

—¿Cuánto hace que estás?

—Cinco.

—¿Y te queda mucho?

–Sí. La Justicia me dio 22 años.

–*Si me querés contar, ¿por qué estás?*

–Por homicidio, supuestamente. –Pronuncia la palabra homicidio como si dijera cualquier otra. –Una chica que está acá, que era mi amiga en ese momento, mató al marido. Y a mí me culpan de eso también.

–*¿Ella mató al marido y las culpan a las dos?*

–Sí.

–*¿Y ella está acá?*

Asiente con la cabeza.

–*¿Mantienen la amistad?*

–No. Cuando llegué acá me la crucé. Hablamos y arreglamos: ella por su lado, y yo por el mío. Porque yo fui su amiga, ella no. Yo ahora estoy acá por garrón. Ella me arrancó de mis hijos.

–*¿Ella te incriminó?*

–Ella dice que no.

–*¿Y entonces por qué estás acá?*

–“¿Y entonces por qué estoy acá?”, eso es lo que yo le dije a ella.

–*¿Cómo fue?*

–Yo estuve en el momento, ahí, cuando ellos se estaban peleando. Es lo mismo que vos vayas a la casa de tu amiga y que en ese momento se genere la pelea entre ellos. Y ella mate a su marido, y vos ahí.

–*¿Y qué hiciste?*

–Yo me quedé ahí con ella. Y bueno, fuimos a la comisaría y todo eso. Pero a mí la policía en ningún momento me dijo nada, solamente me puso como testigo porque yo estaba presente.

–*¿Ella fue a entregarse a la policía?*

–Sí. Y yo la acompañé.

—*¿Y fue a decir que ella lo había matado?*

—No, no dijo eso.

—*¿Qué dijo?*

—No sé qué dijo. Yo esperé afuera.

\* \* \*

—Yo creo en Dios —contesta sin titubeos y sus ojos negros son firmeza— creo mucho en Dios.

—*¿Qué le pedís?*

—Siempre le pido que mis hijos estén bien, que mi familia, mi mamá, mis hermanas estén bien, que nunca les falte el pan de comida en su mesa. Le pido que me de paz a mí misma, porque acá adentro a veces falta un poco de paz. Eso le pido a Dios, que no deje que nadie me haga mal, eso le pido.

—*¿Sentís miedo?*

—Sí, siento miedo. La que dice que no tiene miedo está mintiendo, porque a veces las ves muy fuertes, muy fuertes, pero llega un momento que se quiebran. Todas nos quebramos. Da miedo que a veces salís trasladada y no sabés si vas a llegar o si te van a tirar por el medio de un campo y te van a dejar ahí. Una no sabe...

—*¿No fantaséas con saltar el paredón otra vez?*

—No. Eso era cuando era chica. Sé que estoy acá porque bueno... fui amiga de alguien que no tenía que haber sido. Sé que me quiero ir a mi casa. Acá no existe la libertad, porque siempre dependés de la policía. Lo único que tenés de libertad es si venís a la escuela, o tenés un oficio. Y es verdad que aprendimos cosas para afuera, cosas que en la calle nunca

hubiese aprendido. Yo nunca me imaginé terminar un colegio o hacer los cursos, aprender cosas. Pero la cárcel te hace mal, no te hace bien, te hace mal.

\* \* \*

Arriba de la camiseta blanca se pone una polera verde de hilo y no vuelve a cruzar los brazos. La polera le queda corta, el jean con tachas muy ajustado y la cintura al descubierto. Levantando una ceja bromea sobre el frío que le entra por ahí y hace con los labios una mueca.

—*¿Cómo vivís tu sexualidad estando presa?*

—Vos me preguntás porque acá hay muchas que son pareja, ¿no? A mí no me afecta, la verdad, no me afectó nunca. En estos cinco años una sola vez estuve con un pibe y fue en una *inter*.

Las visitas intercarcelarias son entre quienes están privados de la libertad en distintas cárceles de la provincia y se dan cita en la Unidad Penitenciaria N° 1 de Lisandro de Olmos. La “Flor de la muerte”, como la nombra el mito *tumbero*, es una construcción exagonal de cinco pisos, que como pétalos, se unen a un centro circular donde se levanta una imponente torre con un tanque de agua en el extremo más alto y un puesto de vigilancia. Por el subsuelo circundan la cárcel tres túneles que le hacen temblar las piernas a los nuevos presos, ya que por allí se realizan los ingresos.

Resulta macabra la analogía: no se parecen en nada los tersos pétalos de una flor con los bloques de cemento que chorrean mugre cuando llueve y transpiran humedad por los poros, pajareras, una ventana al lado de la otra, el traperío que cuelga.

Y olor a meo. Ineludible, se impregna el olor avinagrado del encierro.

En el 2014 vivían 2.200 hombres, cuando hay lugar para 1.800, hay doce pabellones por piso, pero hasta hace unos años el hacinamiento era peor y los presos dormían en el piso, en los pasillos, en los baños, o no dormían porque los mataban. En 2002, después de la reforma de la Ley de Excarcelaciones del gobierno de Carlos Ruckauf, en Olmos vivían 3.371 hombres. Dicen que en ese tiempo las muertes y los charcos de sangre eran parte del cotidiano.

Ahí, en la “Flor de la muerte”, se citan los que se quieren.

Los presos y las presas viajan en el camión de traslados con todo tipo de regalos y comidas para compartir en las ocho horas que dura el encuentro: cocinan con antelación, mandan a grabar compilados románticos, hacen artesanías, consiguen copias de fotos y coleccionan regalos para intercambiar. Incluso quienes no reciben a nadie colaboran ayudando en la elaboración de un regalo o consiguiendo los ingredientes para una receta.

Los que se encuentran pueden pedir la visita higiénica, así se refiere el Servicio Penitenciario a la posibilidad de compartir durante tres horas una celda a solas.

La vez que Valeria pidió esa visita en una intecarcelaria lo hizo con un muchacho que conoció por el chat telefónico.

\* \* \*

*Gracias por llamar a Enganchate.*

*Si sos menor de 18 años cortá ahora esta comunicación.*

*Si querés ingresar inmediatamente, sin casilla, presioná 1.*



*Si querés ingresar y ya tenés casilla presioná 2.*

*Si querés crear tu casilla presioná 3.*

*A continuación deberás grabar tu presentación personal. Disponés de 30 segundos.*

*Ingresaste a la sala de chat.*

*“Hola, ¿cómo estás? Soy introvertida y muy tímida. Busco conocer gente nueva por teléfono, porque la timidez a veces me juega en contra. Y te digo, me fascina hablar con gente a toda hora”.*

*“Soy estudiante de derecho y me gustan los deportes. Busco una mujer para pasarla bien, sin compromisos”.*

*“Hola, soy Luján y tengo ganas de jugar un poquito. ¿Te prendés, bombón? Besitos”.*

*“Soy Rodrigo, experto en tríos y orgías. Busco mujeres y hombres de todas las edades para formar grupos”.*

*“Hola, bombones, me gusta disfrutar de mi cuerpo y del tuyo. Me gusta la fiesta y estoy buscando machos que quieran rodearme y hacerme suya”.*

Las pibas están todo el día en el chat, pero a ella le da un poco de vergüenza. Del otro lado del teléfono conocen amigos, amantes, tienen charlas fugaces, se hacen compañía, ríen, se pelean, se enamoran.

—Te metés, te dice “apretá 1” y vos dejás tu mensaje. Después, empezás a escuchar y pasan una banda de mensajes de pibes. Elegís uno y le mandás un mensaje. Le pedís comunicación y, si el pibe acepta, te ponés a hablar. Lo primero que te dicen es que quieren la *inter*. Y bajás a la intercarcelaria y estás con ellos.

Se conectan al chat mujeres y hombres de todas las edades, presos

y libres, jóvenes y no tanto, solos. Los une una misma búsqueda: la voz de un alguien-algún-cualquiera del otro lado del teléfono.

–Se busca un poco de todo: charlar con otra persona, sentirte contenida, saber que por lo menos una vez al mes lo vas a ver, más allá de la relación física. Porque, ¿quién no necesita el abrazo de un hombre?

Valeria cuenta que se escuchan todo tipo de historias sobre el chat, incluso de docentes de las escuelas que se enfilan en las largas colas para pasar a un cuartito a hacer el amor con un alumno preso. Pero dice que ella no se mete en esos chusmeríos, que tampoco le gusta tanto el chat, que sólo estuvo con un pibe, que empezaron a hablar en 2007 y *bajaron* en el 2009.

Se ríe, su cuerpo está relajado, mueve las manos, se acomoda el flequillo y cuenta que demoró en concretar el encuentro por respeto a su hermano que también está preso.

–Yo, en ese momento, iba a visitar a mi hermano. Y no daba para que *baje* con un pibe antes de hablar con él. Esto no es lo mismo que en la calle. Ellos no estaban en la misma unidad pero, por ahí, se habían conocido antes, tuvieron alguna pelea, o algo, ¿entendés?

Le costó tomar coraje para decirle, pero finalmente le habló. Como imaginaba, el hermano se enojó, le gritó, le dijo que llame al papá de sus hijos, que él la venga a visitar, que de ninguna manera, que estaba loca, que andá a saber quién es el tipo. Hasta que no le quedó otra, y lo aceptó.

Entonces, Valeria *bajó*.

Se conocieron por fin las caras y no volvieron a verse nunca más, siguieron hablando durante tres meses hasta que ni siquiera eso.

–Yo lo vi y lo reconocí al instante. No era “¡Ohh! ¡Qué hermoso!”, pero era lindo.

Se encontraron en un salón de Olmos rodeados de gente, se saludaron con un beso y prepararon la mesa con un mantel de colores y el banco de madera en el que se sentaron con una frazada doblada a modo de almohadón. Él había hecho pizzetas y ella empanadas. Tomaron el mate dulce y charlaron de todo lo que se podía llegar a charlar. Ella estaba nerviosa, él le dijo que era muy bonita y sonrió apretando los labios y bajando la vista al suelo.

Sabían que detrás del vidrio espejado los ojos secos de los guardias observaban los movimientos de todos, siguieron charlando mientras alguien lloraba, y uno se dormía en las piernas de una mujer, y las parejas se hacían mimos, y un pibe acariciaba la panza embarazada de la piba que había ido hasta allá para visitarlo, y el olor a milanesa, y la cumbia al palo.

La mirada de él sobre sus hombros, sobre el escote, su espalda, la mirada se fijó en sus labios, y sus piernas. Y cuando por fin se tocaron un espasmo les sacudió el cuerpo.

Los presos encargados de la logística de las visitas decidieron dónde y cuando les tocaba hacer el amor.

Y les tocó.

—Pasamos a una pieza. Bah, es un calabozo, un *buzón*. Pero bueno, yo pienso que en el momento ni te fijás —se ríe con un poco de pudor— ¡Vamos a ser realistas! ¿O me vas a decir vos que nunca estuviste con un muchacho en cualquier lado? ¡Seamos realistas! Imaginate, si pasa en la calle, ¿no va a pasar acá adentro? Por lo menos estuvimos en un *buzón* y no parados por ahí en un hangar. ¡No te rías! ¿Nunca te pasó a vos?

Se le llama *buzones* a las celdas de aislamiento y no hay que ser muy versado en el tema para imaginar por qué: oscuros huecos sin ventilación alguna ni espacio para otro mueble más que una

cama y un colchón. Impregnado, el olor húmedo de lo que se fermenta. Los *buzones*, que se usan como celdas de castigo y a veces de tránsito cuando un preso llega a la unidad hasta que se le asigne pabellón, son en este caso reservados para los encuentros íntimos.

—Imaginate lo que esperaste ese momento, y hablás, hablás, hablás, te hablás todo. Y cuando estás en la pieza estás en el momento que querés estar con la persona esa y estás, y te reís, y jodés, y hablás, también, de todo.

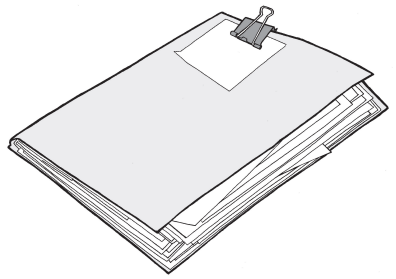
Liberar los cuerpos sólo por unas horas, en los *tubos* de Olmos, hacer el amor, construir desesperadamente la ternura, crear rabiosamente una caricia que dure en el cuerpo, que no se esfume, que no sea tan fugaz.

—Ahora me estoy hablando con un hombre grande, creo que tiene 42, Roberto, ¿Roberto?, ahora no me acuerdo bien el nombre. Él ya pidió la visita, yo todavía no. Como que a mí me cuesta mucho, ¿viste? No sé por qué.

Viajar a Olmos para encontrarse con un hombre por primera vez, pasar por las requisas de la policía, pararse frente al muro de la cárcel más sombría de la provincia, entrar con las piernas temblando y las manos esposadas en la espalda.

Valeria lleva 3 de 22 años y no conoce su causa. Supone que la acusan de ser cómplice del asesinato del marido violento de una amiga. Pero no sabe bien. La visitan sus hermanas, cada vez con menos frecuencia, y habla de vez en cuando con el papá de sus hijos más chicos. Dice que sigue enamorada de él. Que están separados, pero todavía él no tiene hijos con nadie.

—Él me dijo que nunca me va a dejar.



MIRTA





–Nunca imaginé la cárcel; imaginé que había gente que sufría, pero no ésto. Que venga un abogado y que me diga: “No se preocupe, dentro de diez días usted ya no va a estar acá”. Y a mí diez días me parecían siglos. Diez días era como que me golpeaba acá adentro.

“Diez días que golpeaban adentro” y choca su puño cerrado contra la puntilla blanca del cuello de una blusa anaranjada que parece de otra época. Da la sensación de que toda su persona está implantada en un lugar que no es el propio y ella lo hace notar: no dejó de usar sus pantalones de vestir jaspeados, los zapatos negros y los saquitos de hilo, y tiene crecidas las raíces de su pelo alaciado artificialmente y teñido de rojo. Su aspecto es anacrónico adentro, pero también lo sería afuera. Con su ropa vieja, roída por las horas y la espera, Mirta quedó suspendida en el tiempo.

Rodeada de un mundo extraño siente terror y asco. Ella, que tenía su título universitario hecho cuadrado; que tenía su casa, su auto, sus vacaciones; ahora, a sus 56 años, está por tiempo indeterminado envuelta en *tumba*.

–Lo peor que me pasó fue llegar y ver a toda esa gente ahí, con las paredes escritas, las frazadas colgadas. Eso fue lo peor.

Me reía y no tenía motivos para hacerlo; no podía comprender que fuese algo que me estaba pasando a mí.

Acobardada por la vertiginosidad de los hechos tardó en entender que lo que le sucedía no era fruto de una mera confusión, sino que era víctima de una trampa. Los responsables pretendían negociar con ella información que no tenía y mientras su familia sufría amenazas de muerte, Mirta se encontró desprovista de todas sus armas en la institución de la reclusión y el castigo.

Pasaron mucho más que diez días, y ella decidió inmolar su libertad a cambio de la vida de su gente, aunque eso significase perderlos de todos modos.

Mirta habla muy poco de su familia: sólo dice que la alivió que su único hijo se mudara a Alemania a seguir con sus estudios y que su marido nunca la haya visitado. Entonces su vínculo con el afuera se redujo a tener a mano los teléfonos que le fuesen útiles.

Se quedó sola.

La seguridad es una ilusión que la clase media intenta construir celosamente a lo largo de toda la vida: ir a la mejor escuela, hacer una carrera universitaria, conseguir un buen trabajo, invertir bien los ahorros, comprar una casita, pagar un seguro contra todo riesgo, dejar organizada la herencia. Enfrentarse con que nada puede atarse, que en realidad no hay suelo firme bajo nuestros pies, aterra.

\* \* \*

Esa mañana, mientras sacaba el auto del garaje, Mirta –licenciada en Sociología, funcionaria pública– no podría haber imaginado



ni remotamente que ella también estaría del otro lado del banco doble, en aquella celda rosa pálido, con el grabador de voz sobre la mesa, mientras el sol se pone y no se alcanza a ver más que un rectángulo de cielo por la ventanita tan pequeña.

—*¿De qué te acusan?*

—No me correspondía ir ese día —Siente que nada de lo que pasó después de aquella mañana le corresponde. Relatarlo la inquieta, las palabras escapan de su boca entrecortadas, se queda sin aire y necesita llenar sus pulmones con un suspiro para poder respirar. Golpea y vuelve a golpear, insistentemente, los dedos gordos contra el banco.

Empleada del Estado nacional, formaba parte de un equipo de auditorías: su trabajo consistía en presentarse sin anuncio previo en dependencias públicas e investigar minuciosamente su funcionamiento. En cada inspección les daban una oficina dentro de la dependencia a investigar, cambiaban las cerraduras y les entregaban llaves solamente a las personas que pertenecían a la Intervención.

—Pero un día vamos y encontramos gente adentro de la oficina. Así empezó todo.

Golpea, vuelve a golpear, los dedos contra el banco, mientras cuenta que durante meses recibieron amenazas, que constan en denuncias en dos fiscalías de Morón, aunque según dice nunca fueron investigadas.

Hace una pausa, abre mucho los ojos y se refriega la cara; hunde los dedos en las mejillas y se rasca frenéticamente la nariz, como si le picara muchísimo, con los dedos extendidos y la palma de la mano arqueada.

Resalta las coincidencias y las hilvana para construir una

historia de azares que guarde alguna coherencia. La realidad le resulta tan incomprensible que necesita darle sentido de alguna manera, incluso aceptando la derrota de la razón: los hilos misteriosos del destino le tendieron una trampa de la que no tiene escapatoria.

Una mañana recibió el llamado de un compañero que necesitaba ser reemplazado porque estaba enfermo y ella, no le quedó otra, aceptó cubrirlo. Dejó el auto en un estacionamiento cercano -los certificados los presentó ante la justicia-, entró y se quedó en la parte de adelante de la oficina contestando mensajes y haciendo notas durante un par de horas. A media mañana hizo una pausa, pensó en ir hasta la cocinita, prepararse un té.

Golpea, se refriega, respira. Le cuestan las palabras.

—Cuando voy al fondo encuentro una mujer que limpiaba ahí, que ni siquiera la conocía porque era contratada. Estaba muerta. La habían matado a golpes.

\* \* \*

Aquella mañana no le correspondía ir, no le correspondía encontrar ese cuerpo.

Hace siete años. Sin sospechar lo que vendría, fue a declarar en calidad de testigo. Y la dejaron detenida.

El primer tiempo de reclusión lo pasó encerrada en su celda, llorando y rezando, pasiva ante la amenaza externa, eligiendo pasar desapercibida a denunciar el fraude. De a poco se convirtió en una experta en procedimientos penales, estuvo atenta a cada movimiento, tuvo precaución en cada llamada, al contactarse con lo suyos, a no dejar rastro.

Pero la información se filtraba igual, y no importaba cuán sigilosa fuera, cuán lejos se mudara su familia: las amenazas siempre volvían a atormentarlos. Empezó a sentir que existía vínculo entre quienes la habían encerrado y el personal del Servicio Penitenciario con el que le tocaba convivir. Se asustó mucho, y empezó a recelar hasta de su propia sombra.

—A veces pienso que la persecución que tiene el Servicio conmigo tiene que ver con mi causa, siempre pienso en eso. Debe tener que ver en algo, ¿viste?

Baja la voz para hablar del personal del Servicio Penitenciario Bonaerense, porque el pequeño espacio de diálogo se enmarca en la cárcel y ella no lo olvida ni por un instante.

Se reclina sobre el banco doble y susurra; con los ojos redondos y saltones relojea la pesada puerta de chapa, se siente cercada. Entonces vuelve su mano derecha al rostro, la mano tiesa, muy arqueada, y vuelve a sacudir su nariz con violencia.

Dice que la sospecha de que el Servicio filtraba las distintas direcciones donde vivió su familia se funda en que ella recibía encomiendas habitualmente. Cuando las encomiendas dejaron de ser enviadas desde las casas de sus parientes, las amenazas desaparecieron. Dice que siente que quienes están detrás de su causa se cobraban favores con el Servicio a través suyo. Dice que algo más es.

Mirta habla de “ellos”: los responsables de su encierro, los que descaradamente manejan los hilos de su historia, tan cercanos al poder. “Ellos”, tan impunes.

La connivencia terminó de explicitarse después de recibir una hostil visita que violaba la prohibición de su juez, quien le había denegado ese beneficio en miras a protegerla.

Una celadora le avisó que tenía un visitante y ella, pensando que se trataba de su defensor, se dirigió al salón. El hombre la saludó, se sentaron en una mesa y empezó a amenazarla. Con un tono de voz sereno, enumeró cada una de las visitas que había recibido estando presa y luego le dijo que los iba a matar uno a uno: primero a su hijo, luego a su marido, después a ella. Insistió en que entregara la carpeta.

Ella bajó la vista y escuchó. No quería provocarlo.

Una noche, mientras miraba el informativo acostada en su cama, los vio a “ellos” en pantalla y se estremeció.

—¡Estaban en la tele! Al lado de políticos, de poderosos. Me sentía cada vez más hundida. Imagínate, si yo los veía ahí, ¿qué podía pensar para mí?

\* \* \*

Se quedó ahí, intentó no hacer ruido. Decidió inmolar su libertad a cambio de proteger la vida de su familia, y así se hermanó con muchas de sus compañeras: el encierro se vive con dignidad cuando una acepta estar encerrada en pos de ser una buena madre. Dar la vida por los hijos, el incondicional amor de mamá.

En contacto con mujeres despojadas de todo, ante una violencia que le revolvió las tripas, Mirta se enfrentó cara a cara con los atropellos que se sufre por ser pobre. Pensó que su lugar ahí tendría algún sentido y, al principio, trató de protegerlas. Empezó por acompañarlas en sus causas y desmontar las mentiras de las celadoras que confundían a sus compañeras. Tenía contactos afuera, llamaba a la prensa cada vez que había motín y tenía bien

a mano un contacto dentro del Comité Contra la Tortura de la Comisión por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires.

Construyó para sí un personaje de heroína que le duró varios años. Una denuncia por el hostigamiento sistemático de una celadora contra sus compañeras fue su último acto de arrojo.

Dice que el comportamiento violento no era ningún secreto ya que, adelante de cualquiera, la penitenciaria humillaba a algunas mujeres, las perseguía, las agarraba del cuello, les pegaba y les prohibía salir a la escuela o a los talleres. Aún así, antes de denunciarla, decidió hablar con las autoridades del penal, se presentó en la Jefatura y detalló esas agresiones. No le extrañó demasiado la actitud corporativa y encubridora de la jerarquía de la Unidad N° 33.

—El Servicio Penitenciario hace “causa común”, uno con el otro, se cubren. Vos cuando te vas de traslado vas con una notita en el expediente que dice quien supuestamente sos y a partir de ese momento te empiezan a tratar de la manera que te tratan. Lo que realmente hagas o digas no importa.

Mirta conocía la connivencia con el sistema judicial y ya hacía rato que no se creía el cuento de la justicia y su balanza, pero conservaba contactos de su pasado como funcionaria y decidió recurrir a ellos. Y entonces, usó su mejor pose de intelectual para contarle todo a su jueza.

—Se la agarraba con gente débil, la gente vulnerable. Ellos tienen la necesidad de establecer que son los que mandan. “Yo soy la que mando y la que dirijo sobre tu vida”. La celadora que denuncié es una mujer grande, debe tener unos 45 años. ¡Pero también hay jóvenes con esas ideas, con esos resabios de la represión! “Yo decido que hace usted”, violándote todos los

derechos. Esta mujer era una psicópata. Así como les pegaba y las humillaba después decía que lo hacía por su bien, porque las quería.

La penitenciaria denunciada sigue trabajando en un sector externo del penal, pero tiene prohibido el contacto con las mujeres privadas de su libertad. Mirta logró una pequeña conquista, pero no pierde de vista que es más complejo, que la violencia institucional no es sólo una psicópata.

—Pero así como ella hay muchos, por ejemplo el Jefe del penal organiza a quien va a sacar de “Madres” (se refiere al pabellón donde viven las mujeres con sus hijos) y hace pelear a las internas entre sí. Pelean en la placita, pegándose de puño, y la que pierde se tiene que ir.

Mirta habla del Director haciendo pelear a las mujeres por diversión, como si fueran gallos. Ellas se enfrentan para no perder su lugar en la unidad, reconocida como una “unidad modelo” dentro del Servicio Penitenciario Bonaerense, ya que sus estructuras organizacional y edilicia están adaptadas para los niños que viven con sus madres. Se enfrentan para no ser trasladadas con sus hijos en un camión enrejado, oscuro, solitario, peligroso.

—En la jerga tumbera vos tenés que pelear tu lugar. Si vos ves lo que es eso te morís, es una cosa terrible ver cómo todas las compañeras, todas, salen a mirar. A veces hay nenitos llorando porque ven cómo le pegan a sus madres.

Cuando relata algo que le causa horror, abre grande la boca y se la tapa con las dos manos: no se esconde, no disimula su condición de medio pelo y no deja de alejarse nunca —aunque sea simbólicamente— de la cárcel. Busca empatía cuando está rodeada de quienes, como ella, se criaron en ambientes donde la

violencia se ejerce de manera solapada, menos grotesca.

—Todas las autoridades se paran y se ponen a ver como si estuvieran viendo un partido de tenis. Entonces me pregunto: ¿no es que el Servicio está para imponer orden, las reglas, para proteger tu vida? No protege tu vida, no protege nada. Es más, después de las peleas ellos también pegan.

Mirta explica que, luego de que una es derrotada, el personal penitenciario monta una represión para darle fin a la bataola, donde ellos también se sacan las ganas de golpear y lastimar. En las actas se eleva que se tuvo que intervenir para darle fin a un conflicto y que se decidió trasladar a una o más internas para resguardar la paz.

Estos manejos son cotidianos en la Unidad y Mirta ya no interviene. Dice que siente el deterioro de los años presa, tanto física como psíquicamente, que sus estudios en sociología ya no le sirven, que está empezando a aceptar cada vez más cosas que antes rechazaba, que se siente hastiada.

\* \* \*

Ya habían pasado seis años de su detención y Mirta había construido un refugio clasemedio en medio de la *tumba*. Llenó su celda de artefactos: su televisor, sus libros, su DVD, su equipo de música, sus cremas, su agenda con los teléfonos de emergencia, la ropa para todos los días, la de los fines de semana, la de salir a la calle. Todo bajo un régimen propio de orden y limpieza. Había construido una guarida en medio de esa selva de violencia y despojo.

Se levantaba temprano —nunca dejó ese hábito—, prendía la

radio, se vestía y se iba para la escuela. Allí se la podía encontrar de lunes a viernes, desde que la escuela abría la jornada escolar hasta que finalizaba: de 8 a 19 Mirta iba y venía en ese pabellón escolar que había convertido en su lugar de la cárcel. Además de ser la interlocutora entre los penitenciarios y los docentes, atendía la biblioteca y estaba cargo del Archivo de la Unidad.

El Archivo es un cuartito de dos metros por cuatro, sin ventilación, abarrotado de libros y carpetas, una computadora de escritorio y una impresora vieja. Cuando le dieron la tarea de organizarlo y administrarlo Mirta se encontró con un montón de bolsas de consorcio llenas de papeles, que ordenó y clasificó después de mucho trabajo: órdenes del día, expedientes disciplinarios, disposiciones, libros de actas, carpetas médicas de los empleados. Todo mezclado.

Eso que el personal del Servicio Penitenciario llamaba Archivo, no era más que un depósito de documentos, que se extraviaban, se estropeaban y desaparecían. Información que los jueces solicitan periódicamente para analizar la conducta de las mujeres, y en base a eso definir el otorgamiento o no de un beneficio, la libertad o el encierro.

En el Archivo guardaban un cuaderno con los teléfonos fijos del personal de la Unidad, las direcciones y los celulares, y cuando había motín Mirta lo tenía que entregar para que todos se presenten a servicio. Ella tenía a su disposición información personal de cada uno de los guardias.

Mirta había logrado construir una rutina medianamente estable, tenía tareas y responsabilidades, se sentía cómoda. Todo eso puso en riesgo cuando denunció a la celadora, y que la jueza haya ordenado la separación del cargo significaba no



sólo asumir la veracidad de la denuncia, sino también involucrar al resto del personal, cómplice silencioso de los abusos.

–Yo llego de hablar con mi jueza el 18 de octubre del año pasado, mirá qué casualidad, hace un año hoy, justo...

La casualidad le divierte, interrumpe la solemnidad de su relato, el tono grave con el que describe su vida en la cárcel para dejar escapar una sonrisa amplia.

–A ellos les llama poderosamente la atención que la señora fue denunciada un montón de veces, y yo voy y la denuncio y la separan ese mismo día del cargo –baja la voz– Mi abogado me dijo que yo estaba cubierta de todo, que me quedara tranquila... pero no tomaron los recaudos necesarios.

Llegó de comparecer ante su juez a las cinco de la tarde y cinco y cuarto le notificaron la sanción a la celadora. Mirta se enteró de boca de la subjefa quien le propuso un acuerdo: sabía que su denuncia no había sido la única y le advirtió que para preservar su trabajo en la escuela debía explicitar los nombres de las compañeras que habían participado. Ella no aceptó el acuerdo, dice que hubiese significado traicionarse a sí misma, y sus compañeras lo supieron, ya que fue la única que sufrió represalias.

Mirta pensó que no iba a pasarle nada porque tenía protección y porque sabía que al Servicio le servía que ella trabajara en la escuela 14 horas por día. Pensó mal.

“Ellos tienen algo en contra mío”, repite ahora como un mantra.

\* \* \*

Faltaban unos minutos para la medianoche cuando Mirta se

despertó en medio de una ronda de personal penitenciario que se cerraba sobre ella a los gritos: “¡Levántese y salga fuera de la celda! ¡Vamos, vamos! ¡Levántese y salga!”

Salió al pasillo en camión, sin poder decir palabra del miedo, paralizada, mientras seguían gritándole y la empujaban.

–Irrumpen como en la represión. Salen, te rodean, es una manera de intimidar a la persona, de que a vos te dé miedo, te desconciertan. Te sacan como estás, te agarran, te empujan, te arrastran. Eso es violencia. Pasan un montón de cosas por tu cabeza y bueno, yo soy humana: me bloqueé, sentí miedo, me sentí sola, sentí un montón de cosas.

Se armó un griterío y sus compañeras pidieron que le permitieran vestirse, que no la lastimaran. Bloquearon la salida y no permitieron que la saquen así. Entonces la dejaron vestirse, y a los empujones la subieron al camión de traslado.

Mientras ella viajaba, en la Unidad N° 33 se le labró una sanción disciplinaria por incitar a la *población* (al resto de las mujeres privadas de su libertad) a la violencia, una de las sanciones más graves dentro del régimen penitenciario.

–Fíjate hasta donde llega la miseria humana de esta gente. ¡Las chicas fueron a defenderme para que no me saquen desnuda! Ellos creen que con eso ganan sobre algunas personas y, de hecho, la mayoría de las veces ganan. Les violan todos los derechos y no pasa nada, nadie hace nada.

Con la ropa que llevaba puesta como único equipaje, sin poder hacer ninguna llamada, sin saber a dónde la llevaban, comenzó su recorrido *tumbero* por la provincia de Buenos Aires.

Tenían que llevarla a la Unidad 40, pero la hicieron pasar por la 29, una dependencia que fue clausurada y transformada en

Unidad de Tránsito. Mirta cuenta que ese lugar era conocido como una “unidad de castigo” y que quienes pasaban por allí volvían con los cuerpos lacerados, marcados por las torturas.

En el *buzón* de una cárcel que conocía por las historias de espanto, rodeada de rostros desconocidos, Mirta rezó. Fueron sus compañeras quienes se contactaron con su abogado para pedir el reintegro a la Unidad N° 33, pero ella no quería eso.

—La jueza ordena que me reintegren acá, entonces llamo a un amigo que está en política y le dije que yo no quería, porque no le quería ni ver la cara a esos tipos que me violan los derechos, que me atropellaron. Es sentirte nada. Es como que ellos son dueños de todo lo tuyo, de tu vida, de todo. Y si me pasa algo pueden armar que lo hicieron mis compañeras.

Volver a la Unidad N° 33 podía resultar provocativo para el Servicio Penitenciario y ella se sentía desprotegida frente al monstruo y sus mecanismos tan aceitados. Entonces, desoyendo la orden de la Jueza, su contacto en política presionó para que el traslado sea a la Unidad N° 8, lindera a la Unidad N° 33, en Los Hornos.

—La jueza cree que el Servicio es una víctima mía y no yo víctima del Servicio. Vos fijate qué ironía de la vida, porque ellos ganan diciendo que vos sos una persona violenta, que tenés mala convivencia con tus pares. Yo lo hice por mi seguridad, pero para ella, que lo maneja desde un despacho, es distinto.

Con motivo de la *peligrosidad*, la mala relación con las autoridades y otras tantas *malas conductas*, volvieron a sacarla de traslado: “*traslado*” es un estado, en continuado; se encuentra de traslado quien es transportada de unidad en unidad, sin destino fijo.

Venía de la 33, pasando por la 29 de Melchor Romero llegó hasta la 40 de Lomas de Zamora y de nuevo la llevaron a Los Hornos, pero a la 8.

Siguió por la Unidad Penitenciaria N° 54, Florencio Varela.

Volvió a la Unidad Penitenciaria N° 29, Melchor Romero.

Terminó en la Unidad Penitenciaria N° 52, Azul.

En total: más de 500 kilómetros de gira.

—Llego a Azul con un informe que decía que era una persona peligrosa, que me tenían que tener vigilada. Está todo en mi legajo, está escrito lo que yo te digo. Cuando llegué estuve muy mal, pero dediqué esos días a pensar qué iba a hacer, porque esto se tenía que terminar. No tenía tarjeta de teléfono, no tenía plata, no tenía nada. Horrible. Cuando te trasladan te sacan todo. Yo terminé con un solo par de botas y unas sandalias. Después de toda la cantidad de cosas que siempre tuve, todo se pierde, nadie se hace cargo y todo así. Te quedás hasta sin cepillos de dientes. Con la ropa interior que tenías puesta en ese momento. Después no encontrás nada tuyo. Ni un jabón. Para que te des cuenta hasta dónde llega la necesidad de la persona. Te sentís nada.

Su abogado se presentó ante la jueza e hizo de abogado: le planteó que es contra la ley no respetar la progresividad de la pena de una persona que está detenida, es decir, que existen resoluciones que desaprueban el traslado desde un régimen de mediana seguridad a uno de máxima, ya que de esa manera se interrumpe el proceso de “resocialización” de la persona, enarbolado como el objetivo del encierro.

La presión del defensor surtió efecto y Mirta recibió un llamado inesperado: su jueza le consultó a dónde quería volver.

Ella contestó que a la 8 y de inmediato se ordenó el traslado.

—Me trasladaron en condiciones pésimas. Venía con una mujer que tenía una causa de menores y ellos, como los presos, hacen diferencia de causa. Le hacían de todo y yo estaba ahí. Cosas horribles. Le tiraban las cosas encima, la pateaban, le pegaban, la humillaban. Yo sentía que estaba ahogada y que me iba a descomponer. Son personas perversas. Yo pedí salir de ahí y me pusieron adelante con ellos. Tampoco me gustaba ir adelante con ellos, pero no quería ver todo eso. No podía hacer nada, pero tampoco quería verlo.

A esa mujer, como a Marina, la justicia la investiga por la muerte de un niño. El infanticidio dentro de la cárcel conlleva una condena moral que suele traducirse en violencia sistemática y persecución.

La población de un penal se organiza en torno a una suerte de jerarquía, y cada pabellón tiene una autoridad máxima: la *limpieza*. Lejos de encargarse de las tareas de higiene, estas mujeres (en las cárceles de varones es igual) plantean las reglas de convivencia y se ocupan de que se respeten. Con ellas se pone en diálogo el Servicio Penitenciario para dirimir cuestiones cotidianas, como por ejemplo quienes pueden entrar a vivir al penal.

Cuando llegaron a la Unidad N° 8 la población recibió sólo a Mirta, la mujer que viajaba con ella sufriendo el hostigamiento del personal que la trasladaba no fue aceptada por las presas del penal y fue confinada en separación sin destino.

El Servicio tenía que acatar la orden de la Jueza, pero no tardaron en poner en funcionamiento los mecanismos de acoso y amenaza.

A los días surgieron problemas en el pabellón. Los conflictos eran con Mirta y ella no estaba ni enterada. Escuchó que murmuraban, pero supuso que no se trataba de ella, hasta que se acercó una compañera y le dijo que se vaya. Le dijo que el Servicio no estaba de acuerdo con que ella esté ahí, que acataban la orden de la jueza, pero que querían sacarla.

Mirta no entendía. Su corazón golpeaba fuerte el pecho, sintió que se desvanecía. Su compañera había negociado con el Servicio. Y la traición significaba sólo una cosa: si Mirta no se iba de la Unidad N° 8 por las buenas, la estadía se pondría difícil.

—Al otro día fui para la escuela a hacer las actividades y ellos me acompañaron: querían hacer ver que yo me sentía en peligro con la *población*. Empecé a ver cosas raras y me dieron miedo. Si yo digo que estoy en peligro con la población, la población se ofende y se me pueden volver en contra. Hicieron una serie de juegos que ellos están acostumbrados. No podía estar en un lugar donde estaban pensando hacerme algo.

Su abogado se comunicó con la jueza y ella contestó que si estaba en peligro la iba a mandar inmediatamente a la Unidad 33. Mirta no quería volver.

Los directivos de la 33 no podían rechazar una orden judicial y ella, después de un año de sufrir traslados, volvió a la Unidad donde se ordenó la irrupción en medio de la noche, donde la arrastraron y le robaron todas sus pertenencias.

—Sé que ellos están obligados a tenerme acá y que no me quieren. Los señores del Servicio son como los dueños de este lugar, ellos deciden quién está y quién se va. Casación resolvió que yo era inamovible de la 8, y ellos se las ingeniaron para sacarme.

“Nosotros no la podemos sacar, pero las compañeras, sí”. Ahora pueden estar planeando lo mismo. Se las ingenian, siempre. No sé qué están pensando ni qué están haciendo. Sé que son capaces de cualquier cosa.

\* \* \*

La causa de Mirta tiene un pedido de nulidad y está en manos de jueces de segunda instancia.

La autopsia arrojó que la mujer fue violada y asesinada a la 1 de la mañana, mientras el boleto del estacionamiento certifica que Mirta llegó a la oficina a las 7.

—Todo este tiempo en que ellos tardan en resolver las cosas es más tiempo para mí de cárcel, porque no lo resuelven, porque de alguna manera esta gente sigue activando su máquina de hacer el mal, del odio, de la miseria humana y todo lo demás. Mirá, te voy a decir una cosa, una vez uno de los jueces, me dijo: “Yo estoy a su disposición, de lo que usted necesite, mientras que no sea su libertad”.

Aunque la historia de Mirta se parece mucho a un *thriller* de ficción, ella está hoy en la escuela de la Unidad N° 33 ordenando los libros de la biblioteca, compartiendo la comida desabrida del penal, agachando la cabeza cada vez que se cruza en un pasillo con un guardia de los de aquella noche.

—En realidad la cama no estaba apuntada hacia mí. En juego había una carpeta, que si te digo que la carpeta jamás, jamás la abrí, porque imaginate que si yo tenía la carpeta en mi poder lo hubiera negociado. Porque al principio yo tenía todo el orgullo —habla con un tono burlón y dibuja círculos en el aire con su

mano derecha— decía que iba a ser siempre la misma persona con la misma honestidad; pero después, cuando te empiezan a acobardar con todo eso del atropello y el hostigamiento y la arbitrariedad llegás a un momento en que te desesperás y podés negociar cualquier cosa. No la tuve y no la tengo. Esa gente piensa que todavía la tengo. La muerte de la mujer siempre fue para mí un misterio. ¿Tanto era para llegar a eso? Y después este hostigamiento de parte del Servicio. Es tanto tanto lo que me hacen que a veces pienso que quizás algunos de ellos tengan contacto. Porque, ¿tanto odio genero?





YAMILA

---



Yamila no soporta a los hombres; desde la adolescencia elige compañeras mujeres. Dice que cuando quiso ser madre, no le quedó otra, pero los tipos le dan asco.

Cuando entró a la cárcel dejó de usar polleras, escotes, remeras ajustadas, empezó a fajarse las tetas y decidió ser la *chongo* que protege su *rancho* a los puños cada vez que es necesario.

—Yo me baño, me pongo la casaca, el pantalón, el desodorante Axe y salgo a las pistas.

La ropa holgada acentúa su baja estatura y ella se cruza de brazos, con las palmas de las manos bajo las axilas como rapera. Usa el pelo corto y peinado con gel con las puntas oxigenadas.

Levanta las cejas muy depiladas y su cara perfectamente redonda se ilumina en una sonrisa cuando, como el más asqueroso de los caballeros, alardea sobre la cantidad de minas que se puede coger.

—Estoy en eso, estoy en eso. Yo me iba a casar acá adentro pero hice un par de quilombos, estaba con otras, ella se enteró y me dejó. Igual, se fue en libertad. Ahora estoy en busca de otra. No me gusta que me vengan a buscar a mí, me gusta buscar yo. Hay una que me tira beso todo —pone la boca con forma de piquito y tira un beso al aire— ¡Volá! No me gustan las que se regalan.

Ahora que su novia se enteró de los engaños y la dejó, Yamila está con muchas mujeres, con todas las que quiera, y dice que no está triste, aunque no deja de mencionarla y contar varias veces las bromas telefónicas que le hace desde el encierro.

Ella nunca había estado con otra chica antes de estar con Yamila.

–Yo no. Yo desde afuera soy así. Mi mamá cuando viene a verme me dice “¿Qué tengo que decir? ¿Hola hija u hola hijo?” –se ríe.

El encierro permea todas las dimensiones de una vida y las distintas identidades por las que transita una persona. Si los modelos de identificación son flexibles y se modifican dentro de las cotidianidades individuales, es fácil imaginar con qué fuerza se reconfiguran las estructuras al estar en la cárcel.

Las relaciones adentro no pueden pensarse de manera aislada; no existe la sociedad de afuera y la de adentro como núcleos independientes. Aunque los cuerpos sean uniformes en cuanto a la genitalidad, las estructuras jerárquicas son las del patriarcado: los *chongos*, identidad que asume Yamila, ocupan el rol del varón y eso les otorga el status de la masculinidad.

Pero las categorías y definiciones estancas sólo existen en los libros. Un día, Yamila, madre de dos hijos que la esperan en la calle, la *chongo* que siente ser, decidió volver a ser madre.

–Me sentía sola.

Se carteo con un fulano, habló por teléfono unos meses y bajó a una intercarcelaria. Un único encuentro y vino Tobías.

Sólo tuvo dos compañeros: el papá de sus dos primeros hijos, una nena de siete años y un nene de tres, que viven con los abuelos paternos desde que ella está presa; y el padre del tercero, Tobías, que tiene cinco meses, fue concebido en los *tubos* de la Unidad N° 1 Olmos y vive en la cárcel desde que nació.

—Después, nunca más. Soy muy asquerosa yo. No me caben los hombres. Ni bien tuve a mi segundo hijo me separé, tuve a los nenes y ya está, *les di el saque*. Estuve con ellos para tener mis hijos, para eso nomás. Para otra cosa no sirven.

El papá de Tobías está preso en la Unidad 28 de Magdalena y viene a verlo cada dos o tres meses.

Desde que vive con el bebé su existencia gira en torno a él: se entristece tanto con sus ausencias esporádicas que no come ni duerme hasta que lo traen de regreso al pabellón.

Ahora está con su abuela porque hubo un caso de meningitis y decidió prevenir cualquier contagio. Yamila cuenta los días que restan para verlo.

—Faltan doce. La llamo todos los días a mi vieja para saber cómo está.

Su mamá le crió los hijos a ella y a su hermana, mientras lo hacía con los propios. “Una madraza”, dice ella, que le dedicó la vida a los pequeños; sin marido, sin recursos y con dos hijas adictas a cuestras, se las ingenió para construir un hogar. Fue madre, padre, abuela y abuelo a la vez.

—Es lo más grande que hay. Para ir al baño los tenía que encerrar o atarlos a los nenes porque no la dejaban tranquila. De una pata a un palo, y hasta un cierto lugar podían ir, porque se iban a la calle, se escapaban. Como las gallinas. A mí me gustaría formar una familia con una chica, pero primero la tengo que buscar bien.

\* \* \*

Entra al aula una mujer que no debe pasar los veinticinco años, está teñida de rubio oxigenado y en su rostro huesudouna

cicatriz enorme explicita que no han sido años livianos.

–Enana, ¿no tenés un cigarro? –interrumpe.

–No, nada. Andamos todas iguales. Che, me peleé con uno en el Pabellón 5. Encontré la mantilla de mi nene, la tenía la Paolo, el *chongo* pelado. “La arreglamos como vos quieras, cuando vos quieras y en donde quieras”, le dije. Le voy a romper la boca.

La rubia se ríe exageradamente y se va. Yamila explica:

–Me sacaron la mantilla de mi hijo, ayer la vi en el 5 y me peleé con un *chongo*.

–¿Un *chongo*?

–Están las lesbianas, que son las que les gusta dar y recibir, las tortitas: vuelta y vuelta. Y después están los *chongos*, que le gustan las mujeres pero no son tortitas. Ponele, a mí no me gusta que me toquen, ni en pedo, no me gusta nada.

–*Cuando estás con una chica no dejás que ella te toque, ¿pero vos te masturbás?*

–No, nada, ¿qué me voy a tocar yo? Cuando estoy con una piba, yo hago, yo soy la que toca. Y si estoy sola, tampoco. Sola no me toco, si tengo a cualquiera, ¿para qué me voy a masturbar? Si en el pabellón tengo a cualquiera, se te regalan.

La dualidad que sabe a impostura: en la cama, un activo y un pasivo. El falo en la vagina, el falo en la cola; los dedos en la vagina, los dedos en la cola. En ese juego la sexualidad masculina es la activa, penetra, y la femenina es la pasiva, penetrada.

En la cárcel Yamila reconstruyó su propia identidad de género con otros repertorios, bajo otros márgenes. Se llama *chongo*. No se toca, ella toca.

–Ahora estuve con una piba, pero dos días nomás. Después de que se me fue mi pareja, con la que estuve cinco meses, no me

importa más nadie. No me importa nada. Capaz que estoy con una y le doy un beso a otra delante de ella y no me importa, así soy.

Se ríe burlonamente y esquivo la mirada.

\* \* \*

Quince.

La tradición manda: gran banquete para presentar en sociedad a la niña bonita en augurio de un marido que la convierta en *esposamadre*.

Los quince simbolizan la transición, de ser nenas pasamos a ser señoritas. La sangre que ensucia las bombachas marca con vergüenza la impureza de la femineidad, y abre paso a la maternidad. Un camino que la mayoría de las veces se presenta como la única dirección posible.

Todo eso está en Yamila pero ordenado de modo disidente. Ella los quince los recuerda por dos motivos, dos “primeras veces”: hizo el amor con una mujer y cayó presa.

En ese momento Yamila era una pibita del montón: paraba en la esquina, se drogaba y andaba pungueando. Su padrastro le vio la veta por su actitud envalentonada y se la arrogó como compañera de delito. “Porque soy la que tiene más carácter en casa”, dice levantando el mentón.

Asaltaban cobradores. El padrastro manejaba la moto, Yamila se bajaba y al grito de “¡Quedate quieto porque te mato!” los amenazaba con un palito escondido dentro de la manga del buzo canguro.

—Por eso me pusieron “robo calificado”, porque con un arma puedo ser peligrosa.

Estuvo presa tres días y su mamá tuvo que vender hasta el televisor para sacarla de la comisaría. Después del susto, decidió

cortar el vínculo con su pareja y Yamila volvió a la esquina, junto con sus compañeros y sus adicciones. Fuma marihuana desde los ocho años y, también a los quince, empezó a consumir cocaína y pastillas (sobre todo ansiolíticos, como el Clonazepam). Dos años después se hizo adicta a la pasta base.

El uso abusivo de drogas convierte a las pibas y a los pibes en muertos vivos. Sus cuerpos aún respiran, pero la carne adelgaza tanto que la piel se pega a lo huesos. Los rostros angulosos, los ojos rodeados de ojeras azuladas, los labios resecaos. Deambulan por los pasillos de la villa, rengueando el dolor viejo de alguna paliza, descalzos, ensimismados.

Las adicciones y la vulnerabilidad van de la mano: van juntos el hambre y el alcohol, van juntos el frío y el pegamento, van juntos el robo y las pastillas. Cuando no hay proyecto, cuando la vida propia vale nada, entonces todo pierde sentido.

Como a los hijos de Ana, a Yamila el juzgado la mandó a un centro de rehabilitación, pero el sistema de protección de la niñez no alcanza, y ella sistemáticamente se escapaba del instituto y volvía a entrar, como la gran mayoría de los pibes.

Todas las veces la vuelta era a la esquina, donde sus compañeros le bancaban el consumo, y si no había plata, salían a robar.

—Yo vivía drogada, borracha, así vivía. Mis hijos estaban con mi mamá. Vivía re dura, me tomaba dos tabletas de Rivotril en un solo día, dos pastillas por hora. Las tomás con vino, quedás re loca. Lo que vos no te animás a hacer sana, lo haces re loca. Yo empastillada fui a robar, si no estaba empastillada no iba.

Cuando el consumo los quiebra, los pibes se van de sus casas.

Mientras pudo, vivió con su mamá, pero se terminó yendo con su compañero y dejó a sus hijos. Tenía 24 años.



—Re mamera soy yo. Para mí mi mamá es todo, mi papá no. Mi viejo nos dejó cuando yo tenía catorce años, ahora trabaja y tiene su familia aparte.

Viviendo con su compañero el tiempo se detuvo. Los días perdieron sentido, no terminaban ni empezaban nunca, vivían un constante devenir alucinógeno, vagaban.

Se pasaban toda la noche consumiendo, se acostaban a la mañana, dormían unas horas, hasta el mediodía, y ni bien abrían los ojos volvían a las pastillas y al vino. Juntos salían a robar y fue así que cayeron presos.

—Yo tengo: “Robo doblemente agravado con empleo de armas, en poblado y en banda”, porque éramos tres personas. Mi compañera está en la 30 de Alvear, el otro está fugado y yo estoy acá. Pero el que está fugado me parece que ya cayó en cana de vuelta por otro robo. Yo menos mal que ya firmé un abreviado de cinco años, porque sino tengo que esperar la investigación, el juicio...

El 1° de junio fueron a robar un supermercado, el 17 les allanaron la casa, el 30 ya estaba presa.

En el allanamiento no encontraron ni la mitad de las cosas que podían incriminarlos, pero con el chaleco, unas balas y el cinturón de seguridad bastó.

—El cinturón de seguridad lo tenía para ir a robar, para hacer trabajos, para ponerme los fierros en la cintura. Porque yo me ponía una 9 y se me caían los pantalones, pesaba 34 kilos por tanta pasta base que fumaba.

\* \* \*

Yamila dice con el cuerpo que el amor y la muerte se llevan

en la piel. En la suya se pueden leer los nombres de su gente; la mayoría se los tatuó ella misma con tinta para teñir tela: su mamá, sus hijos, sus santos, la familia que la espera afuera y los que ya no están.

—Uh, estoy llena de tatuajes. Sólo dos son de la calle, el resto me los hice en cana. Y ahora me voy a hacer más. Acá me voy a escribir “Andrés”, un primito mío que murió, tenía dos años. Acá me voy a poner “Jimena”, mi sobrina que murió a los diez meses. Acá me voy a poner el nombre de mi tía que falleció ahora.

Tiene cuatro hermanos, tres varones y una mujer.

—La que tengo tatuada es la de 28, porque un día de estos me van a decir que se murió. Le roba a los transas, se vive drogando, ya le sacaron todos los hijos. Un día va a terminar muerta, entonces ya la tengo tatuada. Y al que la mata, bueno, que se cuide, porque cuando salga afuera yo hago desastres.

Yamila se estira, sube los pies arriba de una silla y se echa para atrás.

—Y este punto me lo hizo una piba con la que estaba, una noche re empastillada me dijo “Te hago un punto” y bueno empezó a pinchar, pinchar, pinchar. Quería tatuarme toda.

Su cuerpo es maleable y se deja marcar, y se ríe, y la piel es territorio en disputa, sujeto al deseo. Es territorio en transformación. Ella lo protagoniza, lo moldea a su gusto a cada rato.

Yamila y sus compañeras se empastillan con el Clonazepam que les dan los psiquiatras: en lugar de tomarlos según la prescripción médica se los toman todos juntos. Y juegan.

Pero la angustia también va en la carne. Entre las letras en tinta de tela se pueden ver las cicatrices del autoflajelo. Las marcas de los cortes le recorren el lado interno de los dos brazos, desde la muñeca hasta el codo, son rosadas las cicatrices nuevas y blancas las más viejas.

Dice que la última vez que se cortó lo hizo por su hijo. El juez había autorizado una salida extraordinaria para que ella pudiera visitarlo al hospital donde estaba internado, pero el Servicio Penitenciario no efectuaba la salida excusándose en un faltante de móviles. Entonces se cortó.

Según la ley, el Servicio tiene que velar por la integridad física de las personas que viven encerradas en sus instituciones. Por este motivo, las personas privadas de su libertad suelen recurrir al autoflajelo, huelgas de hambre y algunas medidas extremas como coserse con hilo la boca, para exigir que se cumpla el acceso a un derecho negado.

Cuando llegó la orden del juez que ordenaba el inmediato cumplimiento de la salida extraordinaria, al hijo de Yamila ya le habían dado el alta.

\* \* \*

—Y después me voy a tatuar un Sansón y le voy a poner el nombre de mi jefe, porque yo soy umbandista.

—*¿Qué es el umbandismo?*

—Los que hacen macumba con los gallos y los pochoclos.

Se bautizó en la religión Umbanda junto con dos de sus hermanos. Desde ese momento participa en rituales en los que se conecta con espíritus de personas muertas y los hace bajar a la tierra en su propio cuerpo. Los espíritus se manifiestan a través de las personas que participan de los rituales y que están bautizadas. “Yo si quiero puedo hacer bajar”, dice Yamila canchereando.

—Es todo del diablo. No hay cruz, no hay curas, nada. Todos santos: los pretos, que son los viejitos que cuidan a los chicos,

el Upulindra que es un preso, el Tatabeira que es San La Muerte, las Sireyas que son sirenas, que cuando bajan las tenés que mojar con agua o con perfume porque si no se mueren, y las personas se pueden morir también. Son un montón y todos tienen distintos nombres.

Yamila explica con tono grave:

–Son espíritus que necesitan luz, están en el infierno, entonces cuando bajan en un cuerpo tienen un poco de luz porque quieren ir al cielo, por eso. Vos no sentís nada, es como que te dormís. Si baja un espíritu yo no soy más yo, es el espíritu ese. Está re bueno. Cuando fui la primera vez me dio miedo, después no, después me puse a escabiar ahí, unos pedos me agarré.

Ella cuenta que los espíritus bajan a habitar cuerpos humanos, y cuando los habitan las personas entran en un estado de transe, y entonces son los espíritus los que mandan: piden bebidas, lloran, se ríen, charlan, cuentan historias, y también expresan ira.

–Yo, ¿sabés cuantas vi? Había una hermana de la religión que se cortaba los brazos y fumaba base, y le había prometido a su entidad que no lo iba a hacer más, pero la mina seguía en la misma. Entonces la entidad bajaba y agarraba una maquinita de afeitar y se cortaba todo los pies; la piba no sentía nada pero después cuando se va el espíritu y vuelve a ser ella, ¿sabés los pies? Te la regalo.

La cárcel, junto con los cementerios, son los únicos lugares donde no se puede practicar el Umbandismo. Es peligroso para los religiosos porque pueden ser poseídos por espíritus malignos.

–Esto es una tumba para ellos, acá hay mucha gente muerta. A mí se me puede meter cualquier cosa, así que acá no se puede hacer nada. Y al cementerio no puedo ir, si voy tengo que tirar monedas y cerveza para protegerme, ¡me sale una re plata! Porque

me puedo traer un muerto conmigo. Lo puedo traer porque te dejan abierta la boyera de la cabeza, entonces cualquier espíritu se te mete.

A pesar de que no puede practicar la religión, hizo promesas a los santos y está esperando la profecía.

—San Jorge quiere que sea hija de él. Y yo dije “Bueno, si vos me sacás, yo soy hija tuya”. Pero me pone condiciones: que no me drogue más y que no me vea con mi compañero que está fugado. Y le dije que sí. Entonces me voy a hacer hija de él.

—¿Y él te va a sacar?

—Hacen ofrendas, todo, para que yo me vaya. Y yo iba a juicio a fin de mes, pero firmé un abreviado de cinco años. Ya me voy, el año que viene.

\* \* \*

Yamila vio por última vez a sus dos primeros hijos hace más de cuatro meses cuando, en una Salida Extraordinaria, pudo compartir con ellos sólo tres horas.

Al igual que la mayoría de las madres que viven en la Unidad 33, todo lo que ella quiere para sus hijos se resume en la consigna: que terminen el colegio. Y todo eso que no quiere para ellos es, ni más ni menos, su propia ventura: que no se droguen, que no roben, que no terminen acá adentro. Que no sigan el ejemplo, que duele el encierro, que duele en el cuerpo.

—Mi hija me ve cortada y me pregunta qué me pasó y le tengo que decir que me quemé con el horno.

Yamila quiere para sus hijos una vida distinta a la que vive, y para ella la escuela representa la posibilidad de fuga.

—Cuando hablo con mi hija le digo “¿Fuiste al colegio”, “Si,

¿sabés que voy a un colegio *cheto*?”, “¿Qué *cheto*! Vos vas a un colegio de chorros, a mí no me vengás con eso”, “No, má, es *cheto*. Y no hablés así que a mí no me gusta. Porque es a la vuelta de la casa de Sandro, el que canta *Rosa, Rosa* y se pone a cantar”.

La hija va al segundo grado de un colegio privado en Banfield, donde vive junto con sus abuelos paternos y su hermano. Yamila dice “me la cambiaron” cuando describe sus modales y sus modos de “señorita”, distintos a como ella la criaba cuando estaban juntas. Repite las premisas que le enseñó, que son esas que ella eligió para enfrentar la vida: no dejes que nadie te pase por arriba; si te pegan, devolvé más fuerte; no hagas nunca nada que no quieras.

—El otro es un hijo de puta, es igual que yo, terrible. Tiene que ir al jardín antes que entren los otros chicos, va una hora nada más. Porque le pegó Mike Tyson al loco y de un mordisco le arrancó la oreja a uno, entonces tiene que estar solo, no puede estar con otros nenes. Va con una señorita sola, cuando se agacha éste va y le muerde el culo.

Habla de sus hijos y se ríe, le causan orgullo, se le nota en la cara. Habla sobre ellos y construye personajes, entonces la nena es la más señorita de todas, y él es un travieso intratable. Se ríe y se vuelve a reír imaginándolos jugar, correr por la casa, pelearse.

—Y cuando hablo con él le digo “Hola, hijo” y él me dice “Hola, ma”, “Te amo”, “Yo también te amo, puta, putita”, así me dice. “¿Qué, la concha de tu madre, te voy a matar, negro de mierda?”, porque es morocho. “Te voy a agarrar a patadas en el orto, negro sucio”. “Chaaaau”, me dice y me corta porque lo estoy cagando a pedos. Es un hijo de puta. Pasan los drogados a comprar droga y éste les dice “¿Me das dos pesos pal’ yogur, drogado?” y le tienen que dar.

Por teléfono le llegan las anécdotas de su hijo. Que se sube a los árboles, que casi lo atropella un colectivo, que se cortó la mano con una máquina y le dieron puntos, que se le cayó una cama de dos plazas encima, que estuvo internado. Que es terrible.

—Yo era así cuando era chica, salía por el agujerito que hacen los perros en el alambre y comía con los perros, todo. Mojaba el chupete en el vino tinto y me lo metía en la boca. La escuela no me gustaba, me escapaba, nunca me gustó. No me gusta estar encerrada en un lugar, soy inquieta, vivo histérica todo el día. Acá adentro no duermo, salgo de una celda me meto en otra. Me voy a tomar mate, *que pum que pam*. Así se pasa más rápido.

\* \* \*

Cuando tenía la edad de su hija salía de su casa con el guardapolvos pero no iba a la escuela, se iba a trabajar a Villa Alfaro, en Lomas de Zamora. A los ocho años empezó en un comedor, donde lavaba tazas y le servía la leche a otros chicos a cambio de la comida.

Cuando cumplió diez su abuela paterna creyó que ya era hora de sumarla a la empresa familiar y empezó a trabajar haciendo zapatillas de siete a siete por diez pesos. Trabajó con ellos hasta los veintidós, cuando la vieja se enfermó y ella se cansó de las reglas.

—Teniendo a mi hija y embarazada de mi hijo trabajaba por cinco pesos, porque mi papá me cobraba la leche de mi nena. Tenía que atender a mi abuela, cambiarle los pañales, darle de comer en la boca. Menos mal que murió. Después, cuando ella se quedaba dormida, lo tenía que ayudar a mi papá a hacer botas finas y eso...

Esa tarde su papá le dio doscientos pesos y la mandó a pagar la luz. Pero esta vez Yamila no volvió.

—Por todos los meses que laburé por cinco pesos, fui y le compré un par de zapatillas a mi hija.

Será por eso que Yamila dice ser la que más carácter tiene de su familia. O quizás lo diga porque no se achica cuando la violentan, o porque la vez que el papá de sus hijos le quiso levantar la mano ella le abrió la cabeza con un florero, y se apuró a empuñar un arma y apuntarle al pecho.

—Le dije “¿Y si te mato ahora?” no tenía balas, no tenía nada, le había sacado todo. “No, no” —le hace burla y lloriquea— “A mí me dá para matarte. ¿Y si te mato?”.

Capaz se ganó la fama de la bravura porque cada vez que las *doñitas* del barrio le avisan que su cuñado le está dando una paliza a su hermana ella no duda en correr hasta ahí y defenderla a los puños. Una vez el cuñado se sentó cuando la vio llegar, “será porque muchas veces le dí pa’ que tenga y pa’ que guarde”.

—Me encanta pelearme a las piñas con los hombres, porque te pegan fuerte y vos te re calentás. Siempre me defiendo, a mí y a la gente que quiero.

Será porque para conservar el lugar que supo construir, tiene que violentarse. Pero hay una zona gris que a veces le genera angustia: entre el rol de quien detenta la violencia y el de la protección y el cuidado.

\* \* \*

—Preguntame vos, porque no hablo yo.

—¿A qué le tenés miedo?

—Al rechazo.





LOURDES

---



“Ahora sos la mujer de la casa” le dijo su padre: tenés que limpiar, cocinar, lavar.

“Ahora sos la mujer de la casa”, entonces no disponés, no opinás, no decidís.

“Ahora sos la mujer de la casa”, este es tu lugar de encierro, y tengo que atarte porque seguís intentando escapar.

“Ahora sos la mujer de la casa”, soportá los golpes.

“Ahora sos la mujer de la casa”, abrí las piernas.

Y cerrá la boca.

La mujer de la casa debe ser en silencio.

\* \* \*

Lourdes relata su vida sin inquietarse.

Su cuerpo retacón se queda quieto, como sus manos, como su rostro. Sólo mueve los labios y retumba en el aula su voz aguda. Si no hablara en primera persona, cualquiera podría pensar que cuenta una historia que vio en la tele, que aquel cuerpo no es su cuerpo, que aquel encierro no fue su encierro, que esas agallas no son las propias.

–Es un pasado que quiero enterrar.

Los restos de su padre se pudren en el cementerio municipal.

–Antes de empezar conmigo, él le pegaba mucho a mi mamá; por eso a veces me pongo a pensar que si mi padre no le hubiera dado las palizas que le daba, ella seguiría viva, y yo no estaría acá.

Su mamá murió dos días antes de que Lourdes festejara su noveno cumpleaños. No hubo torta, regalos ni festejo.

–Se murió con dos bebés adentro, se murieron los tres.

A Lourdes la mandaron a vivir con su hermana mayor a Entre Ríos, pero a los catorce su papá quiso que volviera con él al campo porque se sentía solo y quería festejarle el cumpleaños de quince. Entonces volvió.

El regreso al hogar de la primera infancia resultó una trampa. La muerte de su madre había dejado un hueco: faltaba la mujer de la casa.

\* \* \*

Trabajaban de puesteros, iban y venían ofreciendo su mano de obra en campos de la zona oeste de la provincia de Buenos Aires, desde General Alvear hasta Laferrere, pasando por Lobos, Cañuelas y González Catán.

–Mi vida con mi papá es un poco delicada, es como un pasado para mí. Un pasado que quiero enterrar pero no puedo.

A los seis meses de su mudanza llegaron los quince. Otra vez: no hubo torta, regalos ni festejo. Lourdes estaba embarazada de Aldana, su primera hija.

–Mi padre me violaba, me tenía atada a una cama con una

cadena. Siempre vivíamos en el campo, lejos de todos, y él abusaba de mí. Aldana es hija de él.

Forcejeó hasta lograr desatarse, corrió por el camino de tierra y luego se escabulló entre los girasoles. Era el mes de febrero y las plantas medían ya metro y medio, las cabezas descoloridas miraban el suelo, casi sin vida, entregadas a la próxima cosecha.

Contuvo la respiración, el corazón galopaba en el pecho, no brotaban lágrimas y algunas gotitas de sangre le corrían por los brazos lastimados en la huída.

—Me encontró... me dio un paliza infernal y me empezó a atar de los pies. Siempre me decía que no tenía que hablar con nadie, que nadie tenía por qué enterarse. Que lo que pasa acá, dentro de estas cuatro paredes, no tiene por qué salir para afuera.

Pero era demasiado el miedo y volvió a intentar la fuga: se lo contó a su hermana mayor, quien desestimó la historia y le dijo a su padre del chisme.

—Esa vez me dio *chiquita paliza*, casi me mató. Yo tengo la cabeza partida acá —señala el lado izquierdo de su coronilla— porque me la partió con un palo de escoba. En las piernas ni te cuento: me pegaba con un látigo, cadenas, palos, con lo que encontraba a mano. “Te voy a quebrar las patas para que no puedas irte de acá”, me decía.

Hasta que Lourdes dejó de probar suerte, porque las amenazas ya no caían sólo sobre ella, sino también sobre su hija. Él la amenazaba con la posibilidad de que la justicia le saque la bebé si se enteraban de que ella era menor.

—Ponele que me decía que le lave el pantalón y la ropa, y yo por ahí no lo había lavado porque estaba con la nena... Pero no era que me dejaba un solo trabajo, me dejaba muchos y a

veces no llegaba a hacer todos. Me dejaba un balde con agua, pan y se iba. Volvía, me sacaba de ese cuarto oscuro y me hacía cocinarle. Supuestamente yo era su mujer; no era la hija, era su mujer. “Vos sos mi mujercita, sos la mujer de la casa”.

Hasta que, a sus dieciocho años, Lourdes quedó embarazada de Andrés. Cuando le dijo a su padre que esperaba un varón, el hombre dejó de maltratarla y empezó a cuidarla de los esfuerzos. Como él trabajaba en la fábrica “El Palmar” de Laferrere y contaba con una buena cobertura médica, el niño nació en un sanatorio privado. Allí, Lourdes se sintió tan contenida y cuidada que estuvo a punto de contar todo. Pero no pudo.

—Pensaba, “¿dónde voy después?”.

Vivía atada y no podía contar con sus hermanos. Entonces decidió no decir nada y soportar el dolor y el sufrimiento que sentía que dios le había mandado. Ese era el legado que le había dejado su mamá, de generación en generación, de mujer a mujer: él debía cuidarla para siempre.

\* \* \*

Isabela está impecable.

Tiene un vestido rosa con florcitas y volados que se acampana cada vez que corre de punta a punta el hall central de la escuela. Empuja con fuerza la pesada puerta de chapa y aparece en el aula, que supo ser celda, con una sonrisa que contagia. Se pega en un abrazo a las caderas de Lourdes y ella le arregla las colitas y le dice que se porte bien y levanta la vista y se ríe.

Madre e hija visten distinto: una luciendo las mejores galas y la otra vestida con un pantalón deportivo negro de algodón

arratonado y una remera manga corta marrón desgastada. El pelo negro en una colita, el flequillo largo y las cejas depiladas. Como único accesorio lleva un reloj con *strasses* en la muñeca derecha.

Sus ojos marrones se ponen vidriosos cuando se lamenta de su destino: Isabela pronto cumplirá los cinco años y no podrá seguir viviendo con ella.

Isabela cumple condena junto a su mamá.

\* \* \*

—Yo vivía encerrada: si iba al almacén, él me tenía que acompañar; si tenía que ir al médico, él iba conmigo; si tenía una reunión en la escuela de los chicos, él tenía que ir. No me perdía pisada, no me sacaba el ojo de encima. Hasta que me animé, y me fui con mis dos hijos.

Se animó cuando su papá se juntó con una mujer y la llevó a vivir con él. Lourdes aprovechó el momento, ya no tenía que ser la mujer de la casa, juntó sus cosas y se fue. Tenía veinte años.

Con los nenes de dos y cinco años, sin saber si iba a conseguir un lugar donde vivir y cómo iban a mantenerse, se fue a una villa en Mercedes. En la calle conoció a un matrimonio, les contó que estaba sola y que no tenía lugar donde vivir, y ellos le propusieron casa y comida a cambio de que atendiera a una mujer mayor. “No me importaba nada, sólo ser libre”.

Allí estuvo unos meses, se adaptó un poco y hasta se animó a romper el mandato de su padre: por primera vez, estuvo con otro hombre. No recuerda o no le dan ganas de contar los detalles, sólo que de esos encuentros resultó un nuevo embarazo, y esta

vez, eran mellizos los que venían.

Vivió en la villa hasta que su hermana se contactó con ella para decirle que su padre estaba muy enfermo y que le había pedido que la busque.

–Me presenté donde estaba mi papá, tenía mucho miedo, pero fui sin los nenes. Cuando hablé me dijo que había cambiado, que no me iba a hacer más nada, que quería que yo estuviera con él, que extrañaba a los nietos que “son mis hijos” decía, que no quería que pasemos hambre ni frío.

Pero Lourdes no se mostraba convencida, entonces le dijo que le iba a entregar los papeles de la casa, que ella podría vivir con los nenes en la quinta y él se mudaría a una casilla campo adentro. Ella iba a poder cultivar esa porción de tierra y criar animales, sin que él estuviera cerca.

El hombre estaba solo, la mujer lo había dejado, y pedía compañía. Lourdes vio la posibilidad de tener un techo para sus hijos y de trabajar para mantenerse. Y aceptó.

–Un día se me enferma Andrés de sinusitis, tuve que salir corriendo al Gutiérrez y él se quedó con la nena. Cuando vuelvo la nena me dice: “El abuelo me quiso manosear”. Me volví loca.

Lourdes por fin lo denunció. La Justicia ordenó el pedido de captura y al año y medio lo detuvieron. Con una prueba de ADN certificaron que era el padre de los dos chicos y el hombre quedó preso. Hace dos años y medio que se murió en la Unidad Penitenciaria de Mercedes.

\* \* \*

Lourdes dice que desde que hizo la denuncia hasta que lo



metieron preso la justicia tardó un año y medio. Si contamos para atrás: el abuso y violencia a su hija, lo que ella sufrió y los que sufrió su madre, podríamos decir que la justicia llegó tres generaciones tarde.

Liberada del hombre, después de haber vivido toda su juventud en cautiverio, con dos hijos a su cargo y otros dos por venir, sola en medio del campo, Lourdes no supo cómo.

Se quedó viviendo en la casita quinta, el patrón le pagó cuentas que le debía a su papá con animales y ella los fue vendiendo de a poco. Hasta que se quedó sin nada y tuvieron hambre.

—Me cansé de mandar a mis hijos a dormir con una taza de té y un pedazo de pan. No. Me prostituí para darle de comer a mis hijos, no me da vergüenza decirlo. ¿Sabés lo que es ir a las rutas? Arriesgar a que te maten, que te tiren, que te hagan algo... Pero a mis hijos no le faltaba el plato de comida, ni a la noche ni al mediodía.

Las primeras dos noches no se animó. Salió caminando por el camino de tierra hasta la parada de colectivos pero, luego de esperar unos minutos, volvió casi corriendo a su casa. La tercera noche se tomó el colectivo, se bajó en la ruta y empezó a caminar.

—Como una persona normal. “Yo no me voy a poner a hacer esas cosas, alguien se va a parar”, pensé. Hasta que paró un auto y ahí empecé.

En medio de la oscuridad, sentir el sonido de un auto que baja la velocidad, las ruedas se detienen sobre el asfalto, un tipo baja el vidrio. Y el corazón que galopa dentro del pecho, y las piernas tiemblan, y las muelas tan apretadas.

—Lo tengo que hacer, sin pensarlo, cerrar los ojos y hacerlo. El chabón no era ni muy grande, ni muy joven, ni muy nada. Mi impresión es lo que vos hacés por dinero, eso. Me daba

escalofríos, parecía una muerta. Yo parecía una muerta cuando estaba con hombres.

Estar muerta. Sentirse muerta. Preferir estar muerta.

Hay dos que se friccionan, pero ella no está ahí.

El ni-muy-nada se coge un cuerpo.

Si él no le hubiera dado tantas palizas, no hubiese matado a la madre y a sus hijos, ella no se sentiría muerta mientras otros hombres hacen de ella lo que hizo él.

\* \* \*

Fulano 1.

Ni bueno ni malo: un tipo que los podía bancar. Lourdes dejó de prostituirse, pero a él lo cansaron los nenes ajenos. Se fue y ella sola de nuevo, embarazada de una chiquita que ahora tiene diez.

—Ya con Juana tenía cinco bocas para dar de comer. Y tuve que volver a la ruta, iba tres o cuatro veces por semana. Al otro día compraba las cosas y le llenaba la heladera a mis hijos.

Fulano 2.

De él se enamoró un poco, le contó la historia de su vida, le confió la crianza de sus hijos y formaron una familia por algunos años.

—Con ese pibe tuve dos hijos: Joaquín y Romina, que ahora tienen siete y ocho años. Él se encariñó mucho con todos los chicos, y los chicos con él. Pero no iba a trabajar.

Como los hijos más grandes podían cuidar al resto, Lourdes empezó a trabajar en un hospital cuidando abuelos. Le pagaban

cinco pesos por noche y cuidaba hasta tres abuelos por sala. Cuando volvía a su casa la encontraba limpia, la comida hecha, la ropa doblada, los chicos bañados, pero cada vez menos animales y herramientas.

—Me vendió todo. Entonces lo eché.

Cuando salió el “Plan Trabajar” empezó a confeccionar ropa en la Sociedad de Fomento: de diez pantalones que hacía, cinco eran para ella y los vendía en el pueblo. Y como ya tenía siete hijos la Municipalidad le entregaba una caja de mercadería todos los meses y, a través del “Plan Vida”, la leche para los chicos.

Lourdes ya no tenía que cuidar abuelos, ni salir a la noche para conseguir plata. Dejaba a todos en la escuela y se quedaba con la chiquita en la Sociedad de Fomento.

Y entonces apareció el Fulano 3.

Martín es el papá de Isabela y está preso en la Unidad N° 1 de Olmos.

—Ese día había sido el cumpleaños de mi hijo Andrés, no me acuerdo cuántos cumplía, pero sí que habíamos tomado mucho. La hicimos re corta. “Tenemos que hacerle un regalo bien grande y decente a Andrés, vamo’ a robá’”, dijo y nos fuimos en bici. Fue mi primera vez.

Acostaron a los chicos y se subieron a la playera, ella iba en el caño. En la casa no había nadie y robaron una moto.

—Se robó la moto para mí, él se robo esa moto para mi hijo. “Siempre hay una primera vez para todo”, así me dijo.

Y fue sólo la primera. Dice que “le agarró el gustito”. Para alimentar a sus hijos Lourdes volvió con su padre, se prostituyó, cuidó viejos por cinco pesos la noche, vendió sus animales y las

pocas cosas que tenía, coció pantalones, llenó mil papeles para recibir una caja con comida. Robar resultó ser bastante menos nocivo.

Se dedicaban a robar casas-quintas que estaban desocupadas durante los días de semana: palas, cortadoras de césped, herramientas, electrodomésticos, muebles, juguetes y hasta un trofeo deportivo. Llegaron, incluso, a invertir en un Renault 12 para trasladar los bártulos.

Una noche cualquiera Martín le contó que un remisero de General Las Heras le había ofrecido vender cocaína y ellos aceptaron sin mucho preámbulo.

—Nosotros íbamos de General Las Heras a Mercedes, el tipo nos daba una tiza grande de *merca* y nosotros la vendíamos. Era un *transa* grande.

Acostaban a los chicos y, cuando la casa por fin se silenciaba de sus juegos, peleas y risas, fraccionaban el ladrillo en la mesa del comedor y armaban los bagullos para ser vendidos.

—Un domingo fuimos a dejar la *merca* y el remisero nos dijo que no quería vender más, que no quería saber nada, y que iba a ir a la policía a hacer la denuncia. Cuando dijo eso, mi marido le pegó con una maza en la cabeza y lo mató.

Las crónicas periodísticas agregaron que fueron tres los golpes con la maza y que, luego de arrastrar el cuerpo a un descampado, la pareja había intentado prenderlo fuego. Dijeron también que un testigo aseguró que la mujer estaba embarazada.

—Yo le decía: si hubiésemos seguido robando no nos hubiera pasado esto, no nos molestaba nadie para robar. Entonces ya para vender, ser *transa* es muy distinto porque hay mucha gente. Y bueno ya está, son las cosas de la vida.

Hace cuatro años que están detenidos. El papá de Isabela la

conoció cuando ya tenía tres años. El resto de los chicos está viviendo en un hogar.

\* \* \*

—Explicarte cómo fue la experiencia de las rejas es muy duro, de repente estás en la calle con todos tus hijos y de golpe estás sin tus hijos. Te das cuenta que no es solamente robar para dar de comer, se les quitó amor, se les quitó cariño. Yo me perdí muchas cosas de mis hijos, de muchos valores. El año pasado estuve un año entero sin verlos y este año me pasó lo mismo, y eso duele. Eso duele. Ahora los vi hace poco. María me contó que había salido primera en natación, en el estadio de River y en el estadio de Vélez salió última porque se le salieron las antiparras, pero bueno, que le gusta hacer eso; Joel me dijo que le gusta la guitarra, le gusta la escuela, todos van a la escuela; Juana también dice que le gusta la escuela, dice que le gusta bailar la murga; a María, aparte de hacer natación, le gusta el inglés; y Joaquín quiere ser grande, recibirse de abogado y sacar a la mamá “presha”, tiene siete. Después tengo a la de seis que me dijo la directora de la escuela que es muy solitaria, le gusta estar sola todo el tiempo, presta atención a todo pero le gusta estar sola. Así que bueno, me dijeron que en diciembre me van a venir a visitar al penal. Vamos a ver. Yo estoy esperando y desesperándome porque Isabela ya cumplió cuatro años, me dieron la prórroga de los seis meses, ya se me va. 4 años y seis meses puede estar en la Unidad y vos te imaginás que si Isabela se va al hogar y ¿quién me sostiene a mí desde acá adentro? Ya no me sostiene nadie. Siento como que se me cae el mundo.

\* \* \*

Isabela hace rato que no interrumpe. Estará jugando con las hijas de las actrices, estará en la dirección dibujando con los lápices de la celadora, estará riendo y aplaudiendo y bailando en círculos con su vestidito acampanado.

Cuando nació a Lourdes le ligaron las trompas, y ella lo lamenta mucho porque le hubiese gustado ser madre otra vez. Porque le gusta levantarse y ver cómo se despiertan y decirles “buen día”, y a la noche decirles “hasta mañana” y después darles un beso en la frente y arroparlos.

—¿Ser mujer? Significa mucho y nada. Mucho: porque ser mujer significa tener cosas lindas, como tus hijos, sólo una mujer los puede tener. Y nada: no sé por qué. Pero prefiero veinte mil veces ser mujer a ser un hombre. A pesar de todo lo que sufrí. A veces me pongo a pensar: si yo fuera hombre no le pegaría a las mujeres. ¿El hombre que hace?, trabaja, toma, come, te pega, te abusa, te basurea y se va. Y la mujer siempre está, tanto como mujer como para mamá. Siempre está ahí.







## LAS MALAS TENEMOS ALGO PARA DECIR

---

Nosotras queremos ser escuchadas por todxs, para que puedan comprender la situación que pasamos acá adentro. Se cree que estamos encerradas y nada más, pero no solamente sufrimos el encierro: una tiene que padecer eso que llamamos ‘el sistema’, que la sociedad cree que funciona cuando en realidad no. Se habla de la reinserción, de que la cárcel supuestamente sirve para hacerte una mejor persona, pero vos tenés que pasártela renegando. Para ir a estudiar tenés que renegar, para acceder a un medicamento tenés que renegar.

Para eso es el libro: para que nos conozcan más. Para que sepan la realidad por la boca nuestra y no por lo que dicen afuera. Cuando ‘la sociedad’ pasa por una cárcel, sea de varones o de mujeres, dicen: “Acá hay todxs delincuentes que mantenemos con nuestros impuestos”. Pero, ¿por qué dicen eso? Porque no conocen, porque no saben que nosotras pasamos necesidades igual que quien está afuera, en la villa. Porque no ven que no estamos afuera de la sociedad, tenemos un barrio al lado.

Lo único que siempre se ve, de lo que hablan en el noticiero, es del delito. Qué pasó, a quién mataste, a quién robaste. Ellos no preguntan el por qué, no preguntan por qué una mujer comete un delito. Muchas de nosotras, ya desde chiquitas, vamos de instituto en instituto, porque jamás nos dieron un trabajo y

nunca nos dieron una oportunidad. No podíamos solventar a nuestra familia, entonces teníamos que robar. Lo que teníamos que hacer era salir, robar, volver. Salir, robar, volver, y así.

Pero, sobre todo, nos miran mal porque somos mujeres. Nos juzgan, dicen que tendríamos que estar criando a nuestrxs hijxs, y sin embargo hacemos todo lo que hacemos para que nuestrxs hijxs estén bien y tengan sus cosas. Lo primero que te dicen es que no pensamos en ellxs, y nada que ver. Hasta lxs defensorxs te preguntan: “¿Por qué no pensaste antes?”, y te dan ganas de decirles de todo. No ven que si una mujer sale a robar es para darle de comer a su familia. Ellxs ven que sos una delincuente, sos una mierda y una mala madre, y todas esas cosas. Y encima, cuando sos extranjera, la discriminación y la violencia que sufrís son mucho peores.

Después, cuando salimos en libertad, las mujeres seguimos siendo condenadas, porque esta sociedad, como la justicia, es machista y no nos da la oportunidad. Porque muchas salimos, y seguimos siendo sostén de la casa. Somos papá y mamá, somos todo para nuestrxs hijxs. Y no tenemos trabajo, y no nos dan la posibilidad de tener un trabajo. ¿A qué tenemos que volver cuando salimos? Porque tenemos que seguir dándole de comer a nuestrxs hijxs, vestirles, llevarles al colegio. O ayudar a nuestrxs nietxs. Porque algunas tienen hasta nietxs, o sea, son de familia grande.

Nosotras somos olvidadas. Por más que digamos lo que digamos, nunca nos pasan cabida, porque siempre las mujeres quedamos de lado. Siempre se habla de la cárcel de hombres. De acá, poco, muy poco. Siempre tenemos mala fama, ¿por qué? ¡Por ser mujeres! La sociedad, la tele y la justicia ven “la

mujer = la casa”. Entonces nosotras, por ser mujeres, además de la condena penal tenemos una condena moral. Dicen que somos las traidoras, porque ellos son machistas.

A la cárcel no venimos a pagar solamente una pena, sino que hay otras cosas como la violencia institucional y el sufrimiento que una pasa. No es solamente el encierro, esto tiene el condimento de la carga emocional, de la violencia, de la discriminación y del desprecio; de la soledad y del no comprender a la otra, su gusto sexual quizás, o quizá también su adicción, que no la entienden y no la acompañan. Se juegan un montón de cosas, no solamente es la pena y el delito.

Ahora estamos privadas de nuestra libertad, ¿y por eso dejamos de ser mujeres? ¿Dejamos de ponernos crema de enjuague o usar una toallita? ¿No tenemos derecho a tener una toallita? Porque no te la reparten, y el Estado supuestamente está pagando por eso y no te lo dan, no te llega. A pesar de que nos dicen que somos el sexo débil, somos las más fuertes. Porque así como soportamos los dolores de parto, acá adentro soportamos muchas torturas, psicológicas y físicas.

Y así como estamos presas nosotras, está presa nuestra familia, las que nos siguen. Sobre todo las madres, que son las más fieles. Ellas están presas del otro lado, y aunque también tengan hambre, hacen todo y se desviven por nosotras. En las cárceles de varones, hay una re cola de mujeres, ¿y en la cárcel de mujeres? ¡Fila de mujeres! ¿Y nosotras somos las traidoras?

Para sobrellevarla acá dentro nos acompañamos entre nosotras, nos abrazamos, nos tomamos unos mates. Somos afectuosas, porque a una compañera se la acaricia, se la abraza. Acá, si no tenés compañerismo, no servís. Y si no hay

compañerismo, no hay nada. Porque no tenés nada. Estamos presas física y sentimentalmente; sobretodo físicamente, porque nuestros cuerpos quieren salir un rato, y no podemos salir del pabellón. Pero aunque no demos más, las pibas resistimos. Siempre de pie, no está muerta quien pelea.

### **Las pibas del taller de Atrapamuros<sup>5</sup>**

.....

5. Sobre Atrapamuros: Somos una organización popular que desde el año 2008 tiene presencia en diez cárceles de la provincia y la ciudad de Buenos Aires. Trabajamos desde la educación popular y desde el feminismo, realizando talleres, alfabetización y apoyo a estudiantes universitarixs que se encuentran detenidxs; a su vez, acompañamos a quienes recuperan su libertad, apostando al cooperativismo y a la economía popular. Formamos parte del Programa para Estudiantes Privadx de su Libertad de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP; y, porque entendemos que la cárcel es parte de la sociedad y apostamos a transformar las cosas dentro y fuera de los muros, formamos parte de la organización de izquierda popular Patria Grande. Anualmente publicamos la revista "Atrapamuros", una revista desde y sobre la cárcel, cuyos números están disponibles en [issuu.com/atrapamuroseduccionencarceles](http://issuu.com/atrapamuroseduccionencarceles). Pueden contactarnos al mail: [atrapamuros@yahoo.com.ar](mailto:atrapamuros@yahoo.com.ar).

## SOBRE LA CARACOLA

---

La Caracola es un Proyecto Ronda. Es una editorial comunitaria que parimos entre amigos y amigas para que nuestros relatos se hermanen bajo el mismo techo.

La Caracola es un refugio móvil, abierto. Un lugar donde compartir las causas que nos movilizan: Medio Ambiente – Historias y Memorias – Géneros – Economía Social – Educación – Proyectos autogestivos y desde abajo. Relatos y experiencias de nuestros pueblos, que tejen la historia, el presente y la potencia de lo que está por venir.

Somos comunicadores y comunicadoras en sus más variados lenguajes (escrito, fotográfico, audiovisual y sonoro). Hablamos desde la crónica y la poesía, el ensayo, la imagen, el documental.

Nos define ante todo la creencia en la alquimia de las palabras como puentes. En esa energía suya que nos acerca y encuentra para transformar y transformarnos.

Abrazamos el trabajo colectivo y horizontal. Nuestra fortaleza es el vínculo humano. Por eso apostamos a los cambios en chiquito, a las revoluciones del hacer cotidiano, como semillas de otros horizontes posibles.

En nuestra web vas a encontrar trabajos que publicamos de forma digital e impresa y avances de los que están por salir. Desde La Caracola entendemos que las obras son de carácter

libre, nadie puede estar privado de acceder a ellas por motivos económicos o de licencias privadas como el copyright. Toda producción es, siempre, social y nunca solitaria.

Nuestro proceso creador se alimenta de una suma de estímulos y experiencias compartidas. Por eso trabajamos con Licencias Libres.

Eso quiere decir que podés descargar y compartir nuestras obras, citando a sus autores y autoras. Además podés contactarte para encargar libros y proponer puntos de ventas e ideas.

[www.edicionesdelacaracola.wordpress.com](http://www.edicionesdelacaracola.wordpress.com)

[edicionesdelacaracola@hotmail.com](mailto:edicionesdelacaracola@hotmail.com)

